



MIKKY
ROBERTS

BADOS FONDOS



SS **SERVICIO SECRETO**





NICO
ELBERT

altaviva

MIKKY ROBERTS

BAJOS FONDOS

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 320

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal, B 777 - 1968

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo 1968

© MIKKY ROBERTS-1968

sobre la parte literaria

© ANGEL BADIA-1968

sobre la cubierta

© ALTAMIRA-1968

sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

999.—Cazador de forajidos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

915.—No toquéis a las siamesas.

En Colección FUFALC:

723.—Sed de morir.

En Colección CALIFORNIA:

389.—Fuego duro.

En Colección COLORADO:

400.—Oro enterrado.

En Colección KANSAS:

174.—Muerte a plazo fijo.

En Colección ASES DEL OESTE:

339.—Soplo de muerte.

En Colección BRAVO OESTE:

229.—Diligencia al Oeste.

En Colección PUNTO ROJO:

136.—Voces de muerte.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

237.—Un caso sin importancia.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

16.—Uñas de gata.

En Colección SALVAJE TEXAS:

502.—Sentencia: horca.

CAPÍTULO PRIMERO

Nino cerró la llave del encendido y salió del “Ford”, golpeando la portezuela con fuerza. Luego, se quitó el flexible perla y se pasó el pañuelo por la frente en un gesto mecánico mientras atravesaba la acera de dos zancadas y penetraba en el zaguán de su casa, silbando una alegre melodía de la última película de Ann Margret.

No es que estuviese contento ni satisfecho. Hacía tiempo que no disfrutaba de tales estados de ánimo, desde que empezó el maldito asunto de Kim Boyero. Dos semanas justas tratando de encontrar algo feo de lo mucho feo que había hecho Kim en su vida, con objeto de empapalarlo eficientemente y entregárselo listo y convicto al *attorney general*, le habían desequilibrado lo suficiente como para empezar a renegar de su suerte.

Era bonito su trabajo, en ocasiones. Llevaba en sus venas la pasión por la justicia, e implantarla era su máxima aspiración. Sufría físicamente cuando tenía noticias de algún hecho delictivo, y su sufrimiento se tornaba en tortura indecible cuando se notaba impotente para hacer saltar las argucias legales y las falsas coartadas de los que él sabía criminales natos.

Por lo demás, ser agente especial del FBI no tenía nada de sugestivo. Una no muy amplia paga era cuanto recibía, en compensación de sus desvelos. Eso y, desde luego, la satisfacción del deber cumplido, que llenaba su alma de una callada satisfacción. Pero los sacrificios eran continuos, y los desvelos, a la orden del día. Y, sobre todo, lo terrible era no poder actuar contundentemente con individuos de la calaña de Kim Boyero, que se chanceaban de él cínicamente, en sus propias narices, sabiéndose asistido de una seguridad que a él no le respaldaba.

Aún sonaban en sus oídos las palabras del pandillero:

—Soy honrado, agente, ¿o es que lo duda? Nada sucio hay en mi vida... Nada, absolutamente... —y con una ancha sonrisa que hacía de su rostro una pelota de grasa blanduzca, añadió—: Soy honrado mientras no se demuestre lo contrario, Nico Elbert. Y si no lo demuestra pronto, tendré que demandarle, por difamación...

No le había partido la cara porque se hubiese jugado la chapa. Pero los nudillos le blanquearon al apretar el puño contra el borde de la mesa, conteniendo la imperiosa necesidad de moler la rastrera sonrisa a puñetazos.

Frente a eso, estaba el aburrimiento de los expedientes y los informes, que a veces duraban meses enteros durante los que pensaba que los músculos se le atrofiaban y el cerebro le echaba fuego por semejante inacción.

Sí; ser agente del FBI no era cosa cómoda. Era, posiblemente, una de las cosas más incómodas que se podían ser. Pero valía la pena. Como vale la pena ser el primero en pisar la cumbre de un pico o dar el triple salto mortal a cincuenta metros de altura. Sí; valía la pena. Era difícil y arriesgado y violento y peligroso. Pero se llevaba con gusto porque al final, en sus labios brillaba siempre una sonrisa de satisfacción por estar en el lado bueno de la ley.

Una sonrisa como la que ahora lucía en su atezado rostro, de facciones angulosas y acusadas, donde los ojos podían ser tan duros como el granito o tan cortantes como el hielo de un glaciar. Unos ojos que también sabían decir cosas bonitas a su mujer cuando era el momento oportuno.

La sonrisa se tornó en más ancha y también más suave, más humana. Agatha lo era todo para él, desde que un año antes contrajeron matrimonio. Cariñosa, comprensiva y con una inmensa capacidad de ternura, que dulcificaba su vida de todas las asperezas que le rodeaban continuamente, era la mujer ideal, y él, en su amor, la idealizaba aún más, complaciéndose en situarla muy por encima de donde él mismo apoyaba los pies.

El ascensor se detuvo en el piso donde tenían el apartamento y las puertas se abrieron automáticamente, dándole paso. Apretó el botón para reenviarlo y avanzó por el corredor flanqueando por cerradas puertas, en las cuales dorados números permitían la identificación.

Empezó a aflojarse la corbata. Era media noche y estaba cansado. Agatha, quizá, se habría acostado ya, como hacía todas las noches que él llegaba tarde. Tendría que abrir la puerta sin ruido para no despertarla y quitarse la ropa, también sin que ella lo notase. Luego, sin detenerse a probar ningún bocado, se acostaría, acurrucándose junto al caliente cuerpo de su mujer, como un niño demasiado cansado para dar siquiera las buenas noches.

Introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar con cuidado. La puerta se abrió y él se introdujo en el interior, cerrando a su espalda. Por los cristales de la ventana del *living* penetraba la fría luz del cercano Bronx, y a su resplandor sorteó los muebles, dirigiéndose al baño. Allí se lavó concienzudamente y se enjuagó los dientes, pasando, acto seguido, al dormitorio. Dejó la ropa sobre una silla y pisando de puntillas se acercó al lecho conyugal. Levantó la ropa de su lado a tientas y se introdujo, dejando escapar un largo suspiro. La cama estaba

blanda y la caricia de las sábanas mecía su fatiga hasta adormecerle. Pero antes de cerrar los ojos, extendió su brazo en busca de Agatha.

No estaba.

La idea penetró con dificultad en el cerebro fatigado de Nico.

Su largo brazo había caído sobre el frío espacio vacío que se extendía a su izquierda. Movi6 los dedos y volvió a respirar largamente, estirando sus miembros como aletargado.

Pero ella no estaba.

Y la idea chocó, de pronto, en su cerebro.

Saltó y su mano voló a la perilla de noche, encendiendo la lámpara.

El chorro de luz rosácea invadió el dormitorio, y Nico miró a su alrededor excitadamente. Por una desconocida causa, el corazón inició un golpeteo brutal bajo sus costillas, y en la garganta notó como si una mano helada sofocase su respiración.

—¡Agatha! —llamó quedamente, sabiendo que el dormitorio estaba vacío.

Saltó de la cama. El tocador todavía tenía los tarros de maquillaje que ella usaba y el cepillo mostraba unas hebras de su sedoso cabello rubio. Unas medias arrojadas en un rincón transmitían un tono irreal a la escena.

Se acercó a la puerta y la abrió con fuerza.

—¡Agatha! —repitió.

El eco burlón de su voz fue la única respuesta.

Pisando con los pies descalzos el suelo y ondeándole los faldones de la chaqueta de su pijama, fue encendiendo luces a su paso, con un frenesí que jamás había sentido.

En unos segundos examinó el *living*, un cuarto ropero y la cocina. Agatha no estaba.

La comprobación de tal hecho le sumió en un abatimiento doloroso. ¿Dónde podía encontrarse su esposa? Ridículamente, quedó inmóvil en medio del dormitorio, demasiado cansado para exprimir de su cerebro, falto de sueño, una idea medianamente aceptable, al mismo tiempo *necesitando* tenerla como fuese.

Pasaron dos minutos, quizá tres o cinco. El cerebro se hallaba vacío y tan solo la idea de que Agatha no estaba, bullía en él. Luego se acercó a la cama y levantó la almohada. El camisón rosa había desaparecido. En el armario faltaban algunos trajes y, desde luego, la mayor parte de su ropa interior. Un “bibelot” de terracota no ocupaba su sitio habitual sobre el tocador, y el estuche de las pocas joyas que él había podido regalarle tampoco estaba en su sitio.

Cuando hizo este examen, el abatimiento fue mayor. Una horrible sospecha cruzó por su imaginación, pero, de momento, se sintió

demasiado cobarde para cerciorarse.

Se dejó caer en la cama y apoyó el rostro en sus manos, afanándose en serenar lo suficiente sus nervios para hallar una respuesta lógica a tales incógnitas.

Permaneció así varios minutos. Tenso y atento al menor ruido que pudiera producirse en el apartamento. Al fin, caídos los brazos a lo largo de su cuerpo y apagada su mirada, se encaminó al ropero, y buscó las maletas.

Faltaba la de ella; una valija de cuero azul con herrajes dorados.

Se había marchado. Pero, ¿por qué? Jamás habían tenido una riña ni una discusión. Desde el día de la boda, ambos habían armonizado por completo, y sus espíritus, como gemelos, habían pensado y sentido de idéntica manera, sin el menor roce, sin la más mínima cuestión, amorosamente entregados uno al otro, cordiales camaradas, amantes esposos, jubiloso matrimonio para toda la vida.

Pero ella se había marchado fríamente, súbitamente, sin darle tiempo ni oportunidad para impedirlo.

Apagó la luz del ropero y regresó al *living*. Todavía descalzo y vestido solo con el pijama, se dejó caer en un sillón junto al mueblebar, que abrió para servirse una generosa ración de *whisky*. El líquido gorgoteó y el gollete de la botella golpeó con cristalino tañido el borde del cristal. Nico bebió el licor de un sorbo y al dejar el alto vaso en la mesita cercana vio la carta.

Por unos instantes, el blanco sobre le hizo guiños de dramático significado. Soltó por fin el vaso y atrapó el oblongo pedazo de papel, rasgando uno de sus extremos. Del interior extrajo una cuartilla doblada, sobre la que la picuda letra de Agatha había escrito:

“Querido:

“Es mejor que todo termine así, sin darte oportunidad de que intervengas. Estoy metida en algo demasiado sucio para ti. A veces, las circunstancias no le dejan a una ser todo lo buena que quisiera. Has tenido fe en mí y me has amado sin preguntarme jamás nada. Yo tampoco he sido capaz de hablarte de mí ni de lo que fue mi vida antes de que me conocieses. Pensé que, cambiando yo, todo cambiaría. Pero no ha sido así, porque me han obligado a volver al pasado. Y en el pasado no puedo tenerte a ti. He pretendido luchar, y lo he hecho durante un mes que ha sido un infierno. Mil veces he tenido tentaciones de contártelo todo cuando me tenías entre tus brazos... pero he sentido miedo; he sentido miedo de ti, Nico. Miedo a que dejases de amarme o a que me mirases de otra forma, a que empezases a pensar que no

era la mujer buena que tú adorabas. Por eso he callado y por eso ahora me voy.

“Adiós, Nico. Adiós para siempre. Te sigue amando y no quiere hacerte sufrir,

“Agatha”.

CAPÍTULO II

El inspector Trenton dejó de jugar con su abrecartas de hueso blanco y aconsejó:

—Mejor será que se siente, Elbert. Sus nervios van a estallar.

—Ya han estallado —afirmó el joven, con las manos prietas a su espalda.

Y decía verdad. La noche en vela le había puesto semicírculos amoratados bajo los ojos y mayor palidez en sus mejillas. La mandíbula estaba encajada y a través de los dientes prietos parecía escupir las palabras una a una, con una furia como jamás le había visto su superior. Pero lo que más impresionaba era la mirada decidida y dura, cruel casi, de Nico. Las pupilas se habían empequeñecido hasta convertirse en minúsculas y aguzadísimas puntas de alfiler, capaces de atravesar los más duros cuerpos.

—Dígame de una vez lo que ha decidido —autorizó Trenton, sin apartar la mirada del agente—. Ha entrado aquí, dispuesto a pedirme algo. ¿Qué es?

—Un permiso ilimitado... hasta que consiga saber por qué mi mujer me ha dejado.

—¿Y cuándo lo sepa, qué hará?

Nico miró a su jefe, enfrentado de pronto a la realidad más o menos inmediata. ¿Qué haría cuando lo supiese todo?

—No lo sé.

—Un agente especial debe saber siempre lo que tiene que hacer.

—¡Este es un caso excepcional, inspector! Demasiado íntimo para forjar planes ni diseñar la futura actuación... No tengo los nervios para eso.

Trenton se incorporó del sillón basculante en que se sentaba y volvió la espalda a su subordinado para mirar por el amplio ventanal hacia el río Hudson, brillante a aquella hora de la mañana.

—Ahí está lo malo... —dio media vuelta y cuando llegó a la mesa, tomó el abrecartas. Durante un largo instante lo examinó detenidamente y, por último, sin levantar la vista de la lámina de hueso, dijo—: No está en disposición de llevar a cabo ese servicio, Elbert. No puedo autorizarle.

Nico tuvo un movimiento de rebeldía.

—¡No estoy para bromas, inspector!

Trenton levantó la cabeza como gallo de pelea dispuesto al ataque.

Al hacerlo, en su mirada no había pena ni amistad como un segundo antes, sino dureza; casi más dureza que en la de Nico.

—¡Está demasiado nervioso para darse cuenta del alcance de sus palabras, Elbert! Aun así, debo advertirle que se está insubordinando.

—¡Se trata de mi esposa, inspector! ¡Tengo perfecto derecho a saber cuánto sea necesario de ella!

—No tiene ninguno, Elbert —se había calmado e intentaba calmar a su vez al joven—. Huir de casa del marido no es ningún delito, a no ser que el esposo denuncie una culpa mayor. En todo caso, no sería asunto del FBI. Hasta la fecha, no es nuestra obligación intervenir en peleas conyugales...

—Esta no es una desavenencia matrimonial, inspector, y usted lo sabe.

—Como amigo, puedo saberlo o figurármelo. Como inspector, me atengo a los hechos.

—¿Y esa carta? —interrogó Nico, agitando en el aire la cuartilla que había dado a leer a su jefe y que reposaba sobre el escritorio—. ¿Es que esto no dice nada?

—Nada que equivalga a un delito.

Nico bajó la cabeza y soltó el papel, estrujado en uno de sus extremos. De sus labios salió una larga bocanada de aire, y luego confió, apagadamente:

—Pero yo soy su marido... Tengo derecho a saber...

—Haré una cosa mejor —rechazó Trenton—. Pondré a un agente a investigar en ese caso. Usted continúe con Kim Boyero y los demás expedientes.

Nico irguió su figura y su espalda, levemente curvada, se enderezó con orgullo.

—Sé llevar solo mi miseria. No tengo por qué dejar que otro bucee en mis asuntos.

Trenton no supo responder a aquella suprema razón de orgullo.

—No obstante... —aún dijo.

Pero Nico le interrumpió. Del bolsillo interior de la chaqueta sacó un “carnet” y una placa, que arrojó sobre el tablero.

—He ahí mis credenciales. Acabo de presentar mi dimisión.

Dio media vuelta pisando con fuerza, procurando mantenerse erguido, pero sintiendo en sus espaldas un peso agobiador que le hacía inclinarse torpemente.

Al llegar a la puerta, posó la mano en el tirador y la abrió. En aquel preciso instante, escuchó a su espalda:

—Tome esto, Nico, y encárguese del asunto. Tiene todo el tiempo que necesite...

La conoció en un *dancing* de la séptima avenida, al que había acudido una tarde de aburrimiento. Intimaron rápidamente, y lo demás vino sobre ruedas, convirtiéndole en el hombre más feliz del mundo durante un año hasta que la noche anterior todo se había venido abajo.

Pagó el *ticket* a la entrada y bajó unas escaleras que le condujeron al local. Una orquesta lanzaba notas metálicas, a cuyo compás las parejas se abrazaban con sobrada justificación. Por encima del sincopado ritmo, se escuchaba el arrastrar de pies de los bailarines y el sordo murmullo de los mirones de turno.

En la puerta de acceso quedó inmóvil durante unos instantes, asaltado su olfato por la vaharada de perfume barato, polvo y transpiración humana que llenaba el local. Algo así como medio centenar de parejas disfrutaban del placer del baile y otras tantas se decían cosas tiernas por las mesas. A la izquierda, el mostrador del bar invitaba a calmar el reseco o a esperar la cita convenida.

Sacó un cigarrillo y lo encendió con pausa, sin que le temblase un solo músculo. La puerta de cristal se abrió a su espalda y dos muchachas de ceñidos jerséis y faldas huecas entraron riendo como locas.

—¡Te aseguro que es un hombre interesantísimo! Si supieses cómo besa...

Las vio alejarse, cimbreantes y resueltas, con una agilidad felina que adhería los vestidos a sus siluetas.

Arrojó una larga bocanada y llegó hasta el mostrador, donde pidió un doble de *whisky*. Lo bebió de un sorbo y volvió a indicar que le sirviesen, mientras contemplaba, ensimismado, el bullicioso espectáculo de la pista, donde todas las parejas se afanaban en sudorosas contorsiones.

Allí la conoció. ¿Esperaba volver a encontrarla? Sacudió la ceniza del pitillo y se encogió de hombros, volviéndose para tomar el alto vaso con el ambarino licor.

Pero su hombro tropezó con algo. Giró la cabeza y vio la roja sonrisa de una mujer que se había sentado en el taburete en el que él se apoyaba.

—Perdón... —dijo, retirándose.

De los labios de la rubia platino pendía un cigarrillo apagado.

—¿Me das lumbre?

Nico la miró con fuerza durante tres segundos. Los ojos de la mujer decían un montón de cosas sabrosas para el que gustase de ellas. El pico del escote descendía como un termómetro en el Polo y el nylon de las

medias amenaza con estallar en las rodillas.

Tomó el cigarrillo de la boca de la mujer y lo puso en la suya. Rascó la cabeza de una cerilla y aplicó la llama al extremo del emboquillado, aspirando con fuerza. Cuando lo encendió, y mientras de sus fosas nasales salía una doble columna de humo gris, lo puso en los gruesos labios de la mujer.

—Gracias... —dijo ella. Luego, cerrando el ojo izquierdo para que el humo no lo hiriese, añadió—: Me llamo Gladys.

—¿Estás... sola?

—En estos instantes, no.

Nico clavó el codo en el mostrador y no se retiró ni un milímetro, percibiendo la respiración de la rubia platino.

—Eres bastante bonita, Gladys.

Ella se quitó el cigarrillo de la boca e inclinó la cabeza, burlona.

—¿Es un cumplido? Tus ojos están fríos, aunque digas ciertas cosas. ¿Qué te preocupa?

La chica era lista y tenía experiencia.

—Hay algo que me preocupa, y es posible que yo no resulte muy divertido —afirmó.

—Aún no he conocido ningún hombre que no se anime en ciertos momentos.

El camarero se acercó para anotar el pedido, y Gladys encargó un coñac con soda.

—Templa mis nervios. Es mi mejor medicina —explicó.

Nico sacó una fotografía de Agatha y la mostró a la rubia en el hueco de su mano.

—¿La conoces?

Ella apenas le concedió una ojeada.

—Te parezco yo poco, ¿eh?

—Necesito encontrarla.

Gladys se estiró la falda por encima de las rodillas y endureció sus facciones.

—Mira, chico, son las diez de la noche y aún estoy aquí. No pertenezco a “Informaciones”. Si la prefieres, búscala. No voy a ser yo quien favorezca a otra...

Nico encajó las mandíbulas y sintió que las pupilas destellaban fuego. Por eso cerró los ojos e insistió:

—¿La conoces?

—¿Y qué, si fuese así? Lárgate ya, y déjame en paz.

Tirando un billete sobre el mostrador, Nico atrapó el brazo de la mujer, haciéndola bajar del taburete con cierta brusquedad.

—Vamos —dijo.

Ella cazó al vuelo su bolso y corrió todo lo que permitían sus altos tacones para seguir el largo paso de Nico, que la llevaba con dureza hacia la puerta.

Una vez fuera, ella se plantó.

—¿Adónde me llevas?

Nico apretó los dedos hasta hacer daño.

—Ven conmigo. No perderás el rato.

—Suéltame, entonces, no me escapare.

Obedeció, y ella se le colgó del brazo, apretándose mucho.

—Eres simpático y tienes personalidad, aunque te las des de duro. No me gustan mucho las brusquedades, pero a toda mujer le impresionan y yo...

—¡Cállate!

La orden, dicha con excesiva dureza, hizo enmudecer a la mujer, que no despegó los labios en todo el trayecto hasta llegar al lugar donde Nico había aparcado el coche.

Una vez allí, abrió la portezuela y señaló el Interior:

—Entra.

—¿Me llevas raptada? —mimoseó ella.

—¡Entra, he dicho!

—¿Por qué no eres más amable con tu Gladys? —bisbiseó como una deliciosa gatita de pelo platino y negrísimos ojos.

Nico la empujó rudamente y la muchacha cayó sobre el mullido con escasa compostura. Tras ella, penetró el agente, quien pulsó el encendido y arrancó en un segundo, sin conceder una sola mirada a la mujer que llevaba a su lado. Gladys, por su parte, procuró acomodarse lo mejor posible, sin dejar de observar de reojo al joven, cuyo adusto comportamiento la intrigaba profundamente.

Nico condujo con rapidez y pericia por las calles neoyorquinas, en dirección al Hudson. Una vez que hubo salido del centro, pisó el freno junto al bordillo de una plaza poco concurrida y escasamente iluminada, perteneciente al casco antiguo de la urbe.

Se volvió a su acompañante y espetó:

—Vas a decirme lo que sepas de esa mujer.

Ella se irguió, endurecida su mirada.

—¿A qué me has sacado de allí? ¿Solo para esto?

Nico extrajo un fajo de billetes y separó varios, que dejó sobre el regazo femenino.

—¿Te basta esa compensación?

Por un momento, ella no se movió ni miró los billetes sobre su falda. Sus manos, muy blancas y de uñas violeta, apretaban con fuerza el cierre del bolso, y su pecho subía y bajaba con violencia bajo el

vestido.

—No me gusta esto. Todavía no recibo limosnas.

—Mira, nena, no tengo tiempo que perder. Es para mí muy importante encontrarla. Tú me cuentas cosas de ella, y yo te pago el tiempo que pierdes conmigo.

—¿Poli?

—¿Tengo cara de eso?

—No me fío de la cara de los hombres. Me fie de la de un tipo seboso que me llamaba hijita... y mira dónde estoy.

Nico volvió a mostrar el fajo de dólares.

—¿Necesitas más?

—Guárdatelo y que se te pudra. ¿Qué quieres saber de Agatha?

Nico tuvo que morderse los labios al escuchar el nombre de su esposa en una mujer como la que le acompañaba. Respiró con fuerza y aferró las manos al volante, para descargar en él la presión de su violenta ira.

—Todo. ¡Dímelo todo! —exigió, casi en un chillido.

Gladys le miró, fruncidas las cejas. Luego recogió los billetes de su regazo y, tras ordenarlos con cuidado, los sepultó en su bolso de cocodrilo.

—La verdad es que no sé nada de ella. Desapareció hace algo así como un año... Sí; eso es: un año aproximadamente.

—¿A qué se dedicaba? ¿De qué la conocías? —pidió roncamente.

—Iba por allí.

—¿A qué?

Gladys se acomodó mejor y cruzó las piernas con naturalidad.

—Nunca se lo pregunté. La verdad es que nunca nos preguntamos según qué cosas.

—¿Iba... con frecuencia?

—No sé; puede. No llevaba la cuenta. Si hubiese sabido que te iba a interesar, habría tomado nota.

—¡Calla, estúpida! —estalló Nico con violencia, notando que un velo sanguinolento cruzaba por delante de sus pupilas. La sofocación pasó al instante y, más calmado, añadió—: Perdona.

Gladys no dio muestras de haberse ofendido por el ex abrupto y aguardó pacientemente a que él prosiguiese con el interrogatorio.

—¿Tuvo alguna vez... relaciones... con... alguien?

La mujer avanzó el busto y giró el cuerpo para mirar de frente al joven, cuya mirada estaba clavada lejos, más allá del parabrisas a través del cual miraba.

—Oye, querido, no sé cómo te llamas ni a qué viene todo esto, pero me parece que algo malo te ocurre. ¿Por qué no lo mandas todo al

diablo y lo olvidas? Te aseguro que nada merece la pena en este mundo. Yo tengo experiencia. Podría hablarte mucho sobre...

—Respóndeme.

Gladys se interrumpió, pero aún miró durante unos segundos el acusado rostro de Nico Elbert, que parecía tallado en una extraña piedra de oscuras vetas. Sus ojos, expertos y acostumbrados a las más extrañas situaciones, trataron de adivinar lo que cruzaba por la ancha frente masculina, más al fin tuvo que darse por vencida y, encogiéndose de hombros, musitó:

—Alguna vez la vi con “Bobo” Davis...

★ ★ ★

Se había metido en el cuerpo media botella de ginebra y tenía la lengua algo estropajosa y el genio susceptible, como siempre que se emborrachaba. Por eso, gruñó:

—Quita de en medio, figurín, si no quieres que te desplanche.

Nico Elbert volvió la cara a un lado para no recibir el impacto del alcohol que hervía en el estómago de “Bobo” Davis. Con el pie metido entre la puerta y su quicio, impedía que esta fuera cerrada por el corpachón de “Bobo”, en tiempos figura del *ring*.

—Será mejor que te despejes la borrachera, compadre. Vengo para charlar.

El ex púgil apretó los dientes y empequeñeció las pupilas.

—Si estás loco, te curaré para siempre... —afirmó, abriendo de pronto y lanzando un pesado *swing* a la barbilla de Nico.

Este se ladeó lo suficiente para que la maza cruzase ante su nariz inofensivamente, y avanzó enviando su puño contra el estómago de “Bobo”.

El corpachón se dobló en dos con un gemido entrecortado por groseras exclamaciones, y el agente volvió a golpear.

La nariz del ex púgil crujió aplastándose aún más al magullado rostro. Nico penetró del todo en el apartamento y cerró a su espalda con llave, perdiendo un segundo, que “Bobo” aprovechó para lanzarse en tromba.

Nico giró a tiempo para saltar de lado; no obstante, el mazazo le alcanzó en el pecho, y cayó hacia atrás, quebrando una mecedora de rejilla.

Abalanzándose sobre él, “Bobo” Davis rugió:

—¡Te desharé con mis manos! ¡Sabrás de lo que es capaz un peso pesado!

En el suelo, Nico le recibió con los pies, lanzándole contra la pared.

Antes de que su adversario hubiese podido incorporarse, ya estaba él de pie, dispuesto a seguir castigándole.

Renqueando, el ex púgil se incorporó y Nico le ensartó de las solapas, sujetándolo a la pared.

—Yo también soy pesado... y con más agallas que tú, pollino. ¿Tienes bastante?

Aún intentó rebelarse, y Nico le castigó sin piedad. Un corto al estómago, un cabezazo a la boca y un codazo durísimo a las costillas que le quitaron al marrullero todo deseo de causar nuevos disturbios, bastaron para llegar a un acuerdo total. Sangrándole la boca, “Bobo” pidió:

—¡Déjame...! Tiro la... esponja...

Nico le empujó a un sillón, donde el corpachón del antiguo boxeador se derrumbó pesadamente.

—Vas a responder a lo que te pregunte, “Bobo”.

Era una afirmación subrayada por la heladora mirada de sus ojos claros.

—¿Conociste a Agatha?

Tuvo que repetir la pregunta y acercarse significativamente para obtener respuesta.

—No sé dónde está. Hace un año que desapareció.

—¿De qué la conocías?

—Me... la presentaron.

—¿Qué erais?

La pregunta había sido un ronquido de fiera herida. “Bobo” se limpió con el dorso de la mano la sangre que manaba de su boca. Sus ojos turbios por el alcohol y los golpes recibidos no conseguían fijarse en un sitio determinado.

—Éramos... buenos amigos.

—¿A qué llamas... buenos amigos? —preguntó, dando un paso al frente y apretando los puños hasta sentir que las uñas se le clavaban en la palma de la mano.

—Alguna vez salimos juntos.

—¿Solo eso?

—Solo. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿A qué se dedicaba?

Pasaron unos segundos; quizá un minuto o dos hasta que “Bobo” fue capaz de responder. A costa de gran esfuerzo, dijo:

—Nunca lo... supe. “Tory” Cedar le proporcionó algún asunto — casi antes de terminar la frase, su cabeza cayó hacia atrás, y los ojos se le cerraron, sumido en un sueño precipitado por la ginebra.

Parecía una rata. La boca prolongada hacia adelante con labios finos y pequeños, eternamente móviles, y los ojillos redondos y pequeños, le asemejaban al asqueroso roedor.

También su cuerpecillo rechoncho y su cabello gris oscuro recordaban al más voraz y repelente de los animales.

Nico le sujetó de las solapas y le zarandeo con violencia durante unos minutos.

—¿Vas a responder, “Tory”?

La pálida sonrisa no se había esfumado del rostro del individuo a pesar del zarandeo.

—No sé qué es lo que busca, amigo. Yo soy un honrado ciudadano, que...

¡Zas!

La bofetada de revés marcó los cinco dedos y sus correspondientes nudillos en la mejilla de “Tory” Cedar, cuyas rodillas flaquearon.

—Me veré obligado a denunciar este atropello a la policía —dijo muy suave.

Nico tragó saliva repetidas veces para serenarse. Sus labios prietos y la dureza de su mirada eran dos síntomas inequívocos de que no bromeaba.

—Vas a cantar ópera, si te lo mando, “Tory”. Y tú sabes que soy capaz de hacerlo. ¿Hablas?

El indeseable le calibró durante un momento con sus ojillos fugaces. Debió ver algo que le impresionó, porque dijo mansamente:

—¿Qué quiere saber?

—Todo lo que sepas sobre Agatha.

—¿Agatha Adams?

—La misma.

“Tory” se pasó la punta de la lengua por los labios.

—¿Qué es usted de ella? —preguntó.

—¡Soy yo quien interroga, “Tory!” No lo olvides. El individuo se encogió de hombros y dijo:

—Le di un empleo en cierta época.

—¿De qué clase?

—Cajera.

—¿Dónde?

—En un local nocturno. Ya no existe.

—¿Cómo se llamaba?

—No me acuerd...

¡Zas!

La bofetada le partió el labio inferior, un hilillo de sangre rosácea se escurrió por la barbilla del indeseable.

—Era el “Pecos”.

—¿Qué tenías que ver con ese local?

—Conocía al *maître*, y le recomendé a la chica.

—¿Por qué?

—Me fue simpática. Sentía pena de ella. Era demasiado bonita para obligarla a pasar hambre cuando tantos estarían dispuestos a calmársela.

—¿Tú, entre ellos?

“Tory” agitó la cabeza negativamente.

—No me interesan las mujeres.

—¿Qué más puedes contarme de Agatha? ¿Eso es todo?

—No sé nada más.

Nico clavó sus pupilas en los grises ojos de Cedar, intimidándolo.

—¿Tenía relaciones con alguien?

“Tory” se encogió de hombros.

—Las mujeres no cuentan ciertas cosas a los hombres. Pregúnteselo a las amigas de Agatha.

—¿A Gladys?

“Tory” abrió un milímetro los ojos.

—¿Conoce a Gladys? Es una mujer demasiado lista. Jamás dice cuanto sabe. Si la atornilla bien, le contará muchas cosas de Agatha. Vivían juntas...

Nico se golpeó con el puño cerrado la palma contraria.

—¡Maldita...!

“Tory” Cedar esbozó una impalpable sonrisa.

—Le diré dónde vive...

★ ★ ★

El “Ford” lanzó un largo chirrido al frenar en seco ante aquella casita del Bronx, rodeada de un pequeño jardín y compuesta tan solo de tres pisos de ennegrecidas fachadas.

Salió del coche y pisó la acera, sintiendo que la sangre hervía en sus venas. Unos faroles distribuidos a todo lo largo de la calle facilitaban una escasa iluminación que aumentaba las zonas de sombra y evitaba una fácil visión. La portezuela chasqueó al encajar y Nico Elbert empujó la puerta de hierro, que gimió sordamente.

La gravilla crujió bajo sus plantas y subió los tres escalones que conducían a la puerta principal. Una vez allí, encendió una cerilla y buscó el tablero de los timbres. Lo encontró y pulsó el del principal.

No apartó el dedo hasta que el pestillo eléctrico funcionó accionado desde el piso, abriéndose la entrada.

La empujó y se encontró en un *hall* de reducidas dimensiones y sucio. Una escalera de madera, de ennegrecidos escalones, gimió bajo sus pies al subir y un momento después se encontró ante la puerta del piso principal, por cuya rendija entreabierta aparecía un fragmento de Gladys.

—¿Qué busca aquí? —preguntó ella ásperamente al reconocerle, y distanciándole con el tratamiento formulario.

Nico metió el pie por la rendija e indicó:

—Pensé que te alegraría mi visita.

—No son estas horas adecuadas. Ha pasado la media noche y estoy cansada. Tengo que dormir.

Nico aplicó el hombro a la hoja, y la leve resistencia que ella podía oponer cedió ante la fuerza masculina.

—Ponte algo por encima, no te vayas a resfriar —aconsejó, admirado de la transparencia del salto de cama que ella lucía.

Gladys se cubrió con un echarpe y, poniendo ante sí un pesado sillón, quiso saber:

—¿A qué ha venido?

Nico giró la vista en derredor, observando el apartamento con calma. El lugar donde se encontraban era un *living* algo recargado y amueblado con el pésimo gusto de los años veinte. Macizos sillones y no menos plúmbeos muebles de color oscuro estaban prodigados por doquier, como si se tratase de una muestra de saldos. Al fondo, una estantería con escasos libros y gran cantidad de revistas mostraba las inclinaciones de quien allí vivía. Una lámpara horrible colgaba del techo y en medio de todo aquel mal gusto, contrastaba la alegría de una curiosa variedad de muñecas y *bibelots* de todos los estilos y clases, que cubrían materialmente la mayor parte de los muebles. Una puerta a la derecha conducía al dormitorio, según se podía deducir por lo que se veía y a la izquierda una ventana amplia daba al jardín. Casi enfrente de la puerta se abría una diminuta cocina donde había que estar permanentemente de perfil.

—¿Aquí vivía Agatha? —preguntó, al fin.

Aunque no la miraba, por el rabillo del ojo comprobó que Gladys se estremecía.

—¿Quién... se lo ha dicho?

Nico se enfrentó a la mujer, sin ocultar la dureza de sus intenciones.

—¿Crees que se puede jugar al escondite conmigo? —preguntó. Su mano, como una garra de acero, cazó el brazo de la mujer, a quién sacó de la protección del sillón, acercándola a sí.

—¡Suélteme...! —pidió ella, dolorida.

—Si no me dices la verdad...

La soltó, haciéndola sentarse en el sillón tras el que se había parapetado. Al caer, se le deslizó el echarpe, y el vaporoso salto de cama fue incapaz de velarla. Pero Nico solo miraba las facciones contraídas de la mujer que se apretaba el brazo estrujado mientras por sus ojos oscuros cruzaba una sombra de miedo.

—¿Qué me has ocultado de Agatha?

—Nada; yo...

Nico levantó la mano.

—Nunca he pegado a una mujer, pero esta noche va a ser la primera vez que lo haga.

Gladys se encogió como un perrillo que presiente el castigo.

—¡No me pegue...! —pidió.

Había algo nuevo en aquella mujer, pensó Nico en un fogonazo del que apenas se percató. Tenía un lado bueno, y en ella no todo era desgarró y miserias.

—¿Qué sabes de Agatha?

—Vivió una temporada conmigo.

—¿Qué hacía?

Los dedos femeninos continuaban acariciando el maltratado brazo.

—No lo sé. Era muy reservada, y no me gusta meterme donde nadie me llama. Al principio tenía un empleo, pero luego lo dejó.

—¿Qué empleo?

—De cajera, creo.

—Cajera... —repitió Nico—. ¿Dónde?

Gladys se encogió de hombros. Al hacerlo, su melenita platino reflejó la luz de la lámpara, y Nico pensó si aquella mujer habría recibido alguna vez una caricia cariñosa en semejante cabecita.

—No recuerdo. ¡Conozco tantos locales!

—¿Quizá... “Pecos”?

Frunció los labios y pensó. Luego, inclinó la cabeza y la melena volvió a ser dócilmente reluciente.

—Es posible. Me suena mucho ese nombre.

—¿Qué ocurrió después o antes?

—Un día me dijo que ya no tenía aquel empleo. Yo quise prestarle algo de dinero, suponiendo que lo necesitaría, pero lo rechazó, asegurando que tenía de sobras.

—¿Cómo lo obtenía?

—No lo dijo.

Se hizo una larga pausa.

—¿Algún... hombre?

Ella levantó la cabeza.

—Está celoso; mejor dicho, loco de celos. ¿La ama mucho?

Los ojos de Nico eran dos ascuas relucientes que abrasaban cuanto tocaban. Gladys se encogió ante el magnetismo de la mirada, y fue a decir algo, pero el timbre de la puerta sonó con insistencia.

Los dos se miraron fijamente. En las pupilas masculinas se dibujaba un interrogante, y ella negó:

—No espero a nadie.

—Sin embargo, llaman.

El timbre no había dejado de sonar. Su zumbido insistente penetraba en el cerebro molestando. Gladys no se atrevía a moverse, esperando la orden del hombre que la observaba con atención.

—Abre. Por lo visto, tiene prisa.

La mujer se incorporó y fue a la puerta, donde pulsó un botón. Momentáneamente, el timbre cesó en su repiqueteo y Nico se apartó a un lado, advirtiéndole:

—¡No des a conocer mi presencia!

A su cerebro había llegado la idea de que, un instante después, su mujer iba a aparecer por la puerta, de regreso a su antiguo hogar...

Pero el timbre reanudó su llamada con insistencia. Gladys repitió la pulsación en el botón que accionaba eléctricamente el pestillo de la puerta principal, pero quienquiera que fuese no despegaba el dedo del pulsador.

—¿Quién será? —murmuró la mujer, acercándose decididamente a la ventana.

Descorrió la cortina y pegó la frente a los cristales, tratando de mirar a la calle, pero no vio nada, y entonces subió la ventana de guillotina y asomó medio cuerpo, tratando de identificar al que llamaba con semejante insistencia.

Por encima del timbrado, sonó como un trallazo, como el alegre descorchar de una botella de champaña. Gladys se tambaleó, y las rodillas le flaquearon. Simultáneamente, el timbre cesó en su enloquecedora llamada y Nico pudo escuchar el débil gorgoteo de la muchacha, que trataba de mantenerse en pie.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el joven, abalanzándose para tomar en sus brazos el cuerpo ya desmadejado de la mujer.

Un feo agujero en el pecho femenino, orlado de sangre, le dio a conocer al agente especial la terrible realidad. Sintió que una mano helada le estrujaba el corazón y al mirar los inmensos ojos negros que se abrían deseando atraparlo todo por última vez, musitó:

—Por mi culpa...

Los labios se entreabrían, jadeantes, y de la calle llegó el ronquido

de un motor.

Nico dejó a la muchacha en el suelo y se precipitó como un loco a la ventana, extrayendo su automática. La oscura mole de un coche con las luces apagadas se deslizaba en dirección a la esquina próxima. Sin pensarlo dos veces, apuntó e hizo fuego repetidamente, deseando dar en el blanco con una intensidad como jamás había sentido en la vida. Pero sus tiros se perdieron, al parecer, en el aire, inofensivamente, y el coche desapareció al doblar la esquina.

Desalentado, guardó el arma y se arrodilló junto al cuerpo femenino. Cuando clavó la rodilla en tierra, aquel pecho había dejado de latir...

★ ★ ★

En el pasillo, los diferentes vecinos de la casa se habían amontonado, atraídos por el estruendo de los disparos, saliendo de sus camas en los más ridículos atavíos. Nico, haciendo un gesto para que guardasen silencio en sus comentarios, hizo girar el disco del teléfono instalado en el corredor para uso común de todos los inquilinos. Cuando se estableció la comunicación, pidió:

—¿El inspector Trenton, por favor?

Tuvo que aguardar unos instantes; los suficientes para que las conversaciones subiesen de tono hasta el punto de impedir cualquier comunicación telefónica.

—¡Cállense! —gritó. Al mismo tiempo escuchó al otro lado del hilo la voz conocida de su jefe y explicó—: Ha ocurrido la primera cosa fea, inspector. Por mi investigación, han matado a una mujer.

—¡Santo cielo, Elbert! ¿Qué ha hecho?

—Tirar del hilo, y alguien se ha asustado.

—¡Diablos! ¿No pudo hacerlo con más tacto?

—No podía suponer que esto fuese tan grave. De ahora en adelante, caminaré como los gatos.

—Eso no devolverá la vida a esa mujer. ¿Quién dice que era?

—Se llamaba Gladys Green, y fue amiga de... Agatha.

Se hizo un embarazoso silencio, durante el que se escucharon las animadas y contrapuestas opiniones de los vecinos, que deducían lo sucedido de la forma más pintoresca.

—Aguarde ahí hasta que llegue la Metropolitana, y luego márchese a dormir. Mañana me presentará un informe.

Nico opinó:

—Mejor será que siga la pista para no dejarla enfriar. Creo que...

—¡Es una orden la que le doy, Elbert! Duerma lo que queda de

noche. Ya ha cometido, por hoy, suficientes locuras.

La dramática muerte de Gladys le había sumido en una dejadez pesimista. En aquel instante se notaba, por primera vez, terriblemente cansado tras el intenso ajetreo de dos días, sin dormir ni una sola hora en ese tiempo.

Se le cerraban los ojos y las fuerzas se le iban de su cuerpo.

—Aquí está la Metropolitana, inspector —anunció escuchando los gemidos de los coches al frenar ante la fachada.

—Deje el asunto en manos de ellos y vaya a dormir. ¡Es una orden!

CAPÍTULO III

—Al subdirector no le va a gustar esto nada, Nico —comentó el inspector Trenton, con las manos en el bolsillo del pantalón. Al estar en tal postura, el faldón de la chaqueta se había arremangado por la parte posterior dando un aspecto cómico al nervioso paseo del policía.

El aludido, mirando a través del ventanal del despacho de su superior, no respondió. Sus ojos claros, clavados en algún punto indefinible del panorama urbano no veían más que lo que sus pensamientos desgranaban una y otra vez, machaconamente.

—Nunca pude pensar que a esa pobre mujer iban a matarla...

—En Quantico recibió instrucción suficiente para prever estos percances, Nico.

—Lo sé —se volvió en redondo, encajadas las mandíbulas—. Pero de nada sirven ahora los reproches —se dio cuenta de su tono áspero y añadió—: Perdone, inspector. Estoy... nervioso y no soy dueño de mis actos: usted ya lo comprende.

—Sí, Nico. Por eso, y en bien de todos, pienso que será mejor encargarse de la búsqueda de su esposa a la Metropolitana. Ellos, en unas cuantas redadas, la hallarán y...

—¡No!

Había sido una brusca exclamación, que tenía mucho de violencia. Luego continuó:

—Demasiado terrible es para mí todo esto, inspector. No puedo admitir que nadie meta las narices en esta suciedad que me rodea.

—¡Nico! —musitó Trenton, asustado del tono de repugnancia con que había hablado su subordinado—. Se trata de su mujer, no lo olvide.

—¡No! ¡No lo olvido! —chilló—. ¡Ahí está lo malo: en no olvidarlo! ¿Sabe lo que es pensar a cada segundo que la esposa de uno, la mujer a la que ha amado y adorado está... sucia? —sus ojos saltones tenían una expresión terrible de dolor. Claramente se advertía el profundo sufrimiento que padecía y cuán intensamente le había afectado lo ocurrido. Se acercó con pasos medidos hasta detener su rostro a unos centímetros del de su jefe para decir en un ronco murmullo—: ¿Qué haría usted, en mi lugar, si supiese que su esposa salió del fango y ha vuelto a él? ¿No se notaría también sucio y miserable?

—¡Le prohíbo que hable así, Nico!

—Eso es lo que yo me noto: sucio, miserable, enfangado... ¡Usted

sabe que he acoplado mi vida a la más estricta justicia! ¡Usted sabe que odio la inmoralidad y el delito! Y yo, que siempre he podido estar orgulloso de mi integridad... me entero de que mi mujer...

Trenton cogió las solapas del joven y le zarandeó con rudeza.

—¡Basta ya, Nico! ¡No puede hablar así de su propia esposa! ¿Qué tiene por corazón? ¿Una balanza de la ley? Ella le amaba, pero algo ha ocurrido que ha trastornado esa felicidad en que vivían. ¿Por qué no intenta comprenderla y perdonarla?

—¿Perdonar? ¿Y de qué sirve el perdón, si la culpa ha sido cometida?

—¿Quién puede hablar de culpa? ¿Es que alguien puede tirar la primera piedra? ¿Sabe que el más justo peca siete veces al día?

Trenton había elevado la voz, no como jefe, sino como amigo del joven. Le conocía sobradamente para adivinar lo que pasaba por el corazón de su más esforzado agente. Nico Elbert era un puritano elevado a los más altos grados, y tenía que haber sufrido un duro golpe al enterarse de que su esposa podía tener un pasado no muy limpio. Semejante puritanismo, que le había llevado a ser el más seguro y peligroso de los agentes especiales, podía inducirle ahora a cometer alguna locura, trastornado como estaba con lo sucedido. Desde luego, la felicidad de su hogar había sido rota para siempre, según pensó Trenton. Aunque la esposa de Nico apareciese de nuevo y justificase su actitud, este nunca querría reanudar lo pasado ni perdonar a la que ya siempre creería manchada.

El inspector movió la cabeza, preocupado. Buen policía era Nico, pero demasiado inflexible. Era algo así como una máquina infalible. Perseguiría siempre a los criminales hasta exterminarlos, pero jamás les tendería una mano con ánimo de regenerarlos. Trenton volvió a mover la cabeza, entristecido por el drama que tan de cerca le tocaba presenciar.

—Hay que ser comprensivo, Nico. Nadie es perfecto y... Las mujeres se ganan el perdón con el amor.

Nico fue a decir algo, pero se mordió el labio inferior. Su aspecto, en conjunto, era mejor que el día antes. Gracias a un somnífero había conseguido dormir lo suficiente para sentirse descansado, pero aun así en su rostro se adivinaban las huellas de la fatiga y el dolor. En torno a la comisura de la boca, caían dos pliegues verticales como profundos paréntesis derrotistas. Bajo los ojos había huellas de ojeras y en la frente, un abultado pliegue de introspección. Había cambiado mucho en aquellos dos días. Hasta sus mismas palabras tenían algo vacilante, a pesar de la dureza, y hasta la violencia, de que las barnizaba.

—Bajaré al laboratorio para recoger los resultados de los análisis —

dijo.

Trenton asintió:

—Confío en que sabrá ser dueño de sus actos, Elbert.

El joven se volvió a medias para captar la mirada de advertencia de su jefe. Bajó la mirada y murmuró:

—Descuide.

En el laboratorio le sonrió el técnico en balística.

—La bala fue disparada con un revólver calibre 39. Probablemente, fabricado en el año 60. Las estrías no estaban muy visibles porque se habían deformado al penetrar en el cuerpo. ¿Tuvieron puntería? —dijo con la indiferencia propia de quien está acostumbrado a tales casos.

—La tuvieron.

—Lo siento por la víctima. No hay más datos, chico.

Nico salió del departamento y caminó por el mismo pasillo hasta empujar la puerta del laboratorio. Al entrar, se encontró en la más completa oscuridad, a excepción de un resplandor procedente de la llama del espectrógrafo, en cuyo arco voltaico el técnico quemaba unos residuos de pintura para determinar su composición química y, más tarde, su origen.

Al oírle entrar, el técnico apagó el arco y pulsó el interruptor para iluminar el laboratorio. Al tiempo que lo hacía, se quitó los anteojos especiales que tenían una gran semejanza con los que utilizan los soldadores de autógena.

—¿Tienes el informe de esa pintura? —preguntó Nico, por todo saludo.

—Sí; acabo de terminarlo. ¿Me das un pitillo?

El joven agente se lo tendió sin una palabra. El técnico lo encendió con parsimonia y dijo:

—Te encuentro mustio. ¿Qué te ocurre?

—Nada.

—¿Algún asunto feo?

—Digamos...

El técnico se encogió de hombros y se aproximó a su mesa de trabajo.

—No eres muy explícito, pero allá tú.

Revolvió en unas carpetas y tomó una hoja tamaño holandesa, mecanografiada.

—La pintura pertenece a un automóvil negro, marca “Buick”. Precisamente esta clase de pintura se empleó para el modelo de seis plazas de 1966. Eso es todo.

—¿Estás seguro?

El técnico pareció ofenderse.

—Mira, Nico, sé lo que hago y cuál es mi trabajo.

En el espectrógrafo se determina la composición química de la pintura. Luego, con las muestras del archivo se identifica la marca del coche, el modelo y el año en que se empleó y, finalmente, para eliminar todo posible error y precisar la identificación, este examinador —dijo golpeando un aparato con ancha pantalla esmerilada— compara las rayas espectrales de los elementos componentes de la muestra de pintura con una muestra ya conocida e identificada, ¿entendido? No hay error posible en que la pintura que me diste pertenece a un “Buick” negro, seis plazas, modelo 1966. Todo lo que tienes que hacer es asegurarte de si la pintura que me trajiste pertenecía al coche que huyó.

—De eso no hay duda. Disparé contra el vehículo, y alguna de mis balas arrancó pintura de un guardabarros, que casualmente encontré.

El técnico, aún molesto, tendió el informe.

—Aquí tienes el resultado.

Nico lo tomó y, doblándolo en dos, se dirigió a la puerta, murmurando:

—No lo tomes tan a pecho. Ya sé que eres el mejor experto en pinturas del FBI.

★ ★ ★

Habían matado a Gladys Green por algo sumamente importante, que les había impulsado a hacerlo con enorme audacia cuando él se encontraba hablando con la antigua compañera de Agatha. Ello solo podía indicar una cosa: que no convenía que hablase.

Una vez hecha esa deducción, era fácil derivar otra de tanta sencillez como la de que ella sabía mucho más de lo que había contado.

Bien. Hasta aquí todo completamente claro. Pero, ¿qué era lo que Gladys no había dicho y sabía? Sin duda, algo de importancia. No se mata a nadie por pura diversión, ya que los muertos dan mala fama. Se necesitaba un motivo lo suficientemente poderoso como para recomendar tal acción... o exigirla.

¿Cuál?

Nico pensaba en esto cuando aparcó el “Ford” frente a la casa donde “Tory” Cedar vivía. Tuvo la precaución de quitar la llave del encendido y se introdujo en el zaguán, metiendo la mano en el interior de su chaqueta para posarla en la culata que asomaba de la funda sobaquera.

El portal olía a ajos y a guisotes de cebolla. Procuró no respirar demasiado hondo, y empezó a subir las escaleras. En el primer descansillo casi estuvo a punto de pisar a un chiquillo sucísimo que

jugaba con tres soldaditos de plomo descabezados. Estiró el paso para no arrollarlo y siguió subiendo hasta que se encontró frente a la puerta del apartamento que buscaba.

Pegó el dedo al timbre y llamó largamente. En un piso alto una muchacha cantaba desgarradamente, tratando de imitar a Joan Báez. En otro sonaron los gritos de una mujer, seguidos del palmoteo de unos azotes y, como consecuencia, el llanto de un crío. En el piso superior se abrió una puerta, y alguien la cerró de un violento portazo, empezando a descender.

Era, sin duda, una mujer, a juzgar por el taconeo. Nico vislumbró de reojo el aleteo despreocupado de una falda y miró. La que bajaba frenó su marcha y se alisó las caderas, mirándole con fijeza. Al pasar por su lado, gruñó algo y siguió bajando. Nico volvió a llamar al timbre, esta vez con mayor intensidad.

Súbitamente, la puerta se abrió. Antes de hablar, metió el pie en la rendija y preguntó:

—¿“Tory” Cedar?

La mujer, de opulentas carnes y bamboleante escote, parpadeó.

—No está.

—Le esperaré.

Y empujó, entrando.

La mujer, oxigenada y envuelta en un perfume barato, fue a decir algo airadamente, pero quedó intimidada por la intensidad de los ojos masculinos. No obstante, preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Qué busca aquí?

Nico miró a su alrededor, recordando el escenario de la noche anterior.

—A “Tory” Cedar, lo he dicho.

Miró por la ventana hacia abajo para comprobar que los críos no enredaban en el “Ford”, y se volvió. La mujer oxigenada, de lechosa opulencia, estaba apoyada en una cómoda antigua, de recio mármol blanco. Su respiración era entrecortada y de sus rojísimos labios salía el aliento con una especie de silbido. Nico la examinó durante unos instantes y ella se sintió molesta, dentro del desmañado vestido de raso negro.

—“Tory” no está. Ni sé tampoco cuándo va a venir. Mejor será que se vaya y...

—Tengo que hablar con él. Me quedo.

Nico echó una rápida ojeada a las restantes habitaciones y regresó al instante al destartalado *living*.

—Oiga —dijo ella—; esto es un abuso, digo yo...

—¿Sí?

La mujer había pasado por demasiadas cosas para atreverse a sufrir alguna más. Por eso bajó la cabeza, mordiéndose los labios, y se volvió en redondo. Fue cuando Nico observó la herida que ella lucía bajo la oreja derecha.

—¿Le pega “Tory”? —preguntó.

La rubia oxigenada le miró asustada, pero no despertó los labios. Había en sus ojos algo así como la implorante súplica del borrego al que arrastran al matadero.

Nico se aproximó a ella, tratando de obtener una sonrisa de algún rincón olvidado de su ser.

—Venga, la curaré.

Se dejó hacer, asombrada de que alguien pudiese tratarla con deferencia. En unos instantes, Nico limpió la herida producida con algún objeto contundente, y la vendó, ante la extrañeza de la mujer, que dócilmente se prestaba a todo.

—¿Con qué le pegó?

—Me tiró una botella...

Eran muchos años de miserias y sufrimientos los que había en aquella mujer para atreverse a ser rebelde.

—¡Cerdo...! —musitó Nico, reconcentradamente, recordando la viscosa personalidad del pandillero.

Ella se apartó instintivamente y pidió:

—Márchese. Si sabe que alguien ha estado aquí, me pegará.

—¿Por qué lo consiente?

—¿Qué puedo hacer?

—Pisotearle. Es una rata...

Lo había dicho con tanta intensidad, que la mujer abrió mucho los ojos, aterrorizada. Nico comprendió que, a pesar de todo, aquella mujer se había convertido voluntariamente en una esclava de “Tory”.

—Márchese...

El agente encendió un pitillo y ofreció otro a la mujer. Ella aspiró con ansia el humo y Nico confió:

—Es muy importante para él que le encuentre.

—No sé dónde puede estar...

El joven se encogió de hombros.

—Lo voy a sentir por él. Parece que ha ocurrido algo, y la “poli” le busca. Y esta vez no será fácil que se escurra. Bueno —se encaminó a la puerta—. Al fin y al cabo, ¿qué me importa a mí lo que pueda sucederle? Yo me largo...

Abrió la puerta y salió al descansillo, dejando a la mujer sumergida en un mar de encontrados sentimientos. Llegó al portal y, decidido, se dirigió al coche. Un instante después, pisaba el acelerador, alejándose

de allí...

Pero no mucho. Lo suficiente para dar la vuelta a la esquina y ocultarse a la vista de la rubia oxigenada. Allí frenó y con rapidez saltó a la acera, aproximándose a la esquina, por la que se asomó.

No tardó la rubia en salir. Se había puesto una chaqueta de punto, y ceñido en torno al cuello un pañuelo de seda, que ocultaba el parche de su herida. Mirando a todas partes para asegurarse de que no la seguían, avanzó por la calle rápidamente, en dirección al lugar donde se ocultaba Nico. Este empezó a retroceder para evitar ser visto, pero en aquel momento un taxi enfiló la calle, y ella hizo señas para que se detuviese, subiendo a él al instante.

Nico corrió a su “Ford” y lo puso en marcha, justo en el preciso instante en que el taxi le adelantaba.

Fue muy sencillo seguirle a prudencial distancia. Para facilitar aún más las cosas, el taxista enfiló Pennsylvania Avenue, y el tránsito se encargó de disimular la persecución.

La carrera duró algo más de quince minutos, y al final el taxi de amarilla carrocería se detuvo ante el “Kiowa Club”, de estrecha fachada y anuncio luminoso, que mostraba un convencional indio piel roja, en aquel momento apagado.

Desde su “Ford”, Nico comprobó que la mujer penetraba en el local y que el taxi desaparecía. Pegó su coche al cordón de la acera, y aguardó pacientemente.

No tuvo que hacerlo durante demasiado tiempo. No tardó en salir la misma rubia, a la que “Tory” Cedar llevaba del brazo con brusquedad. Se adivinaba que el hombrecillo de aspecto de rata estaba colérico, y que sus finos dedos magullaban el brazo de la mujer, a juzgar por el gesto de dolor que ella ostentaba. Hubo un momento de discusión en el que “Tory” debió extralimitarse, y llamó a un taxi que pasaba libre. De un empujón, metió a la mujer dentro y cerró con fuerza, quedándose en la acera. Por señas, aún pronunció alguna amenaza contra la rubia, y el vehículo arrancó, volviéndose “Tory” al club del que había salido.

Nico lamentó que aquella pobre mujer tuviese que sufrir posteriormente las consecuencias de su añagaza, pero no había tenido otra opción para llevar a cabo sus planes. Salió del “Ford” y se encaminó con decisión a la puerta del club, en aquellos instantes muy poco concurrido.

No era de lujo, pero tampoco un antro, y según a qué horas tenía que ser muy visitado, dada su especial situación. Entró con decisión, sin importarle lo que pudiese aguardarle dentro.

Unas escalerillas le condujeron a un amplio *hall*, donde una pelirroja atendía al guardarropa. Ella sonrió al verle entrar, pero Nico

ni la miró siquiera.

En el bar había un bebedor que sorbía, a través de dos pajas, un líquido verduzco. En el otro extremo del mostrador, una morena de medias color humo parecía afirmar que no había rodillas como las suyas... y podía tener razón. Nico ni quiso juzgarlo siquiera, y fue recto al camarero que atendía el mostrador.

—Un ron con soda y “Tory” Cedar —pidió.

El *barman* parpadeó como una lechuza a la que se le enfocase con una linterna a los ojos.

—No comprendo...

Nico hablaba en voz baja, pero firme:

—¿Dónde está “Tory” Cedar?

El aludido empezó a tragar saliva como un desesperado, e instintivamente miró hacia una puertecilla situada al fondo, muy a la izquierda de donde él se encontraba. Nico comprendió, y hacia ella se dirigió velozmente.

Se encontró en un pasillo, débilmente iluminado. Un silencio espeso invadía el ambiente. Desabrochó la chaqueta e inclinó el hombro izquierdo, en previsión de que fuese necesario hacer uso de su pistola. Simultáneamente, sonó un timbre y se apagó la luz. Empuñó su automática con celeridad y buscó la pared para adosar su espalda a ella, pero no le dio tiempo. Alguien jadeó delante de él y lanzó a ciegas un golpe semicircular con el cañón de su automática, que encontró el aire como único obstáculo. El mismo jadeo sonó a su espalda y...

¡Craaack!

Algo estalló en su coronilla y las rodillas se le doblaron. Quiso hacer algo antes de desmayarse, pero no supo qué. El arma se le escapó de los dedos y un segundo después notó en su mejilla el frescor de las baldosas. Tras eso, nada...

★ ★ ★

Estaba en un callejón, en un suburbio extremo.

Despertó, asfixiado por un hedor insoportable. Aquel fue el primer mensaje que recibía del mundo en que se encontraba, después del desvanecimiento.

Se movió muy lentamente porque el menor gesto le producía un dolor intensísimo. Poco a poco, consiguió abrir los ojos, aunque mil agujas de dolor se le clavaban en los párpados y, al cabo de varios minutos, consiguió erguirse lo suficiente para contemplar el lugar donde se encontraba.

Era un callejón oscuro hasta el que llegaba muy débilmente el

resplandor de una bombilla situada en su embocadura. Le habían arrojado junto a unos cubos de desperdicios, y de allí provenía el olor a podrido que había asaltado su cerebro antes de que recobrase el conocimiento.

Se tocó la cabeza con mimo. Una costra sanguinolenta le había nacido en lo alto de su cabeza, irradiando a todo el cuerpo un malestar general. Se movió un poco más, y una náusea incontenible le vino desde el estómago. Luchó durante unos instantes contra el vómito, pero este llegó, brutal y liberador. Volcado sobre el suelo, vació su estómago, y solo entonces empezó a sentirse mejor.

Al fin se incorporó. Las piernas le flaqueaban y la cabeza parecía flotarle en un mar agitado. Durante unos segundos, trató de conservar el equilibrio y, poco a poco, las fuerzas le volvieron lo suficiente como para intentar andar.

Lo hizo, pero tropezó con algo y estuvo a punto de caer cuan largo era. Consiguió guardar el equilibrio a medias, y sus rodillas golpearon el suelo. Mascullando oscuras interjecciones, apoyó la mano en el suelo y trató de levantarse.

Pero su mano no tocó el sucio suelo, sino algo blando y suave. Se inmovilizó sin apartar la mano e intentó desvelar las sombras mirando fijamente lo que tocaba, al tiempo que un escalofrío le subía por la columna vertebral. La vacilación duró unos segundos, pero se rehízo y avanzó la otra mano para identificar al tacto lo que había encontrado.

Era una mujer.

El cuerpo de una mujer joven.

El escalofrío se le hizo más prolongado, y tembló de pies a cabeza, por primera vez en su vida verdaderamente aterrado ante lo desconocido.

Una mujer, a su lado, y...

La auscultó. El corazón hacía tiempo que había dejado de latir.

Con súbitas fuerzas, llegadas de no sabía qué oscura célula de su cuerpo, tomó el cadáver de la mujer y, tambaleándose, lo llevó hacia el lugar donde la bombilla despejaba las sombras de la noche.

Por el camino, sintió que el corazón le golpeaba con tal fuerza en su pecho que temía estallase de un momento a otro. Clavados los ojos en el cuerpo de la mujer que llevaba en brazos, se aproximó a la luz, empezando a identificar unos cabellos rubios en corta melena, un traje chaqueta *beige*, un óvalo perfecto, unos miembros largos y finos, una silueta llena y jugosa y un rostro que...

¡Cielos! Era Agatha.

Pareció que una mano le detenía, empujándole en el pecho. Su boca, muy abierta, trató de pronunciar por última vez el nombre de la que

había sido su mujer, y sus ojos, duros hasta aquel momento, crueles por el desengaño, se habían humanizado ante la muerte del ser querido, brillando húmedamente.

—¡Agatha...! —deletreó, al fin.

Ella estaba muerta... y en sus brazos. La miró, queriendo llenarse el alma de la imagen de su mujer. Recorrió con los ojos sus facciones perfectas y suaves, exquisitas y milagrosamente serenas, a pesar de la muerte. En los labios femeninos aún parecía aletear una sonrisa, y en sus ojos, algo así como una mirada de afecto dirigida a él.

Tuvo que ahogar un sollozo y, como loco, corrió hacia cualquier lugar donde fuese posible encontrar un taxi y huir de allí...

CAPÍTULO IV

El inspector Trenton le llevó a su casa a cenar. Tras el entierro de Agatha, Nico se había quedado como petrificado, rígido e inmóvil, incapaz de despegar sus labios o mostrar en sus pupilas lo que cruzaba por su corazón. Solo tenía los puños prietos y las mandíbulas encajadas, como conteniendo la furia de su cuerpo endurecido en los deportes y en la lucha. La autopsia había dado un resultado terrible: Agatha había muerto por una inyección de aire en las venas.

Trenton le tomó del brazo y, procurando adoptar un tono serenamente animoso, le instó, al término de la jornada, en la oficina:

—Vendrás a mi casa, Nico —le tuteó, moviendo la cabeza a un lado y a otro, como si no quisiera confesar que estaba emocionado a pesar suyo—. No sigas pensando en eso. Hemos registrado el “Kiowa” y no aparece “Tory” Cedar. Nadie parece conocerle. Pero lo encontraremos. Vamos.

—No, gracias —rechazó el agente especial.

Pero el inspector no admitía que nadie discutiese sus órdenes, y le hizo salir del despacho, llevándolo consigo hasta el coche aparcado en la zona especial de la fachada sur.

—Necesitas cuidados, y ahora no estás en disposición de pensar en ti mismo, Nico —añadió Trenton, accionando el encendido del motor—. Mi mujer se alegrará de conocerte, y mi chica, también. A veces, les he contado tus éxitos. Estarás como en tu casa...

El motor ronroneó, y Nico no despegó los labios. Tenía las mejillas pálidas, en contraste con el negro traje y la corbata de luto. Frente a su severo atuendo, las claras pupilas poseían una palidez inquietante, en ciertos momentos. Trenton, observándolo a través del espejo retrovisor, se sintió preocupado por lo que pudiese hacer el muchacho.

El macizo inspector condujo su coche por entre el tránsito de mediodía, sorteando con habilidad los vehículos. En todo el trayecto no volvieron a pronunciar una palabra hasta que el coche se detuvo junto a la acera de una calle tranquila, flanqueada por casas de grises fachadas.

—Hemos llegado —anunció—. ¿Vamos?

Nico salió por una portezuela y Trenton por la otra, abriendo camino. El ascensor les condujo al piso, tercero donde el veterano hombre del FBI poseía su alojamiento. Al cerrar las puertas del ascensor, la del piso se abrió y la señora Trenton apareció en el umbral con expresión de circunstancias. Nico apenas se fijó en ella. Solo

advirtió que había una expresión dulce en sus ojos y que el bonito cabello tenía plata.

—No sabe cuánto lamento conocerle en estas circunstancias, señor Elbert —dijo ella, tendiéndole la mano.

Nico se la estrechó, balbuceando alguna trivialidad, y entró en la casa. Incómodamente, miró a su alrededor. Se sentía flotar en un mundo diferente del que él conocía. En el pecho tenía una opresión que le fatigaba, y la boca le había quedado espantosamente seca desde que vio cómo el cuerpo de Agatha se hundía para siempre en la tierra.

—Pase, siéntese. ¿Tomará algo?

No supo quién se lo había preguntado. Ante sus ojos parecían danzar una serie de sombras, sin límites propios. Se dejó llevar y le hicieron sentar en algún sitio indeterminado. Allí quedó, incapaz de recobrar la vitalidad que siempre le había caracterizado, vacío y lleno al mismo tiempo de un impulso loco que empezaba a asustarle. Una y otra vez, el nombre de su esposa volvía a su mente, y necesitaba paladearlo con suavidad, inaudiblemente, como el borracho que degusta, sibarítico, las últimas gotas de un licor embriagador. El corazón proseguía, incansable, golpeando las costillas, y en las rodillas notaba un hormigueo enloquecedor. La garganta le dolía, los ojos le escocían y en su interior algo no acababa de romperse definitivamente.

—Señor Elbert, permítame expresarle mí...

La voz, muy suave, le hizo volver en sí durante un segundo, y miró a la muchachita que le hablaba. Se incorporó instintivamente y estrechó, cansino, la mano que ella le ofrecía. Era una mujercita menuda y bien proporcionada, morena, aniñada. No escuchó lo que ella hablaba, pero la miró porque sosegaba mirar aquellos ojos grandes y oscuros que expresaban pesar. Era casi una niña; apenas habría cumplido los veinte años, y su negro cabello estaba recogido en una gruesa trenza que caía por delante de su hombro acariciando el pecho núbil. No iba pintada, pero a pesar de ello los labios eran rojos y gordezuelos como fresas.

—Es mi hija Alma.

Le hicieron sentarse a la mesa, pero apenas probó bocado. Solo el café entonó sus nervios y, cuando los dos hombres quedaron solos, Trenton dijo:

—Tómate unas vacaciones, Nico, y vete a Florida. Lo necesitas.

—Sabe que no me iré —afirmó, entrelazadas con fuerza las manos.

—Sí; pero deberías hacerlo. Tengo miedo, Nico. Sé que vas a cometer una locura... y eres el mejor de mis agentes. No quisiera verte ante un Tribunal Disciplinario.

Nico levantó la cabeza.

—¿Supone que voy a hacer algo ilegal?

—Sé que si encuentras al que mató a... Agatha, le retorcerás el cuello.

—¡Mil veces lo haría!

Trenton asintió.

—Y tendrías motivos. Pero un agente especial no puede matar, si no es en defensa propia... y este no sería el caso. No arruines tu vida, Nico. Hazlo... por ella.

El muchacho se recostó en el sillón y cerró los ojos, respirando con fuerza.

—Por ella tengo que encontrar a su asesino; y, sin embargo...

—¿Qué?

—Tengo miedo.

—¿A qué?

—A mí mismo; a Agatha. A lo que había en su vida, y que no conozco. ¡Tengo miedo de encontrar algo sucio... porque la amaba!

Era como un lamento.

Trenton tendió su mano y palmeó el antebrazo de su subordinado.

—Si de verdad la amabas, piensa que se lo demostrarás perdonando y olvidando lo que ella no se atrevió a decirte. Ella ha muerto, Nico. Se ha enfrentado con el máximo juez. Deja para Él la sentencia. Es muy humano y muy hermoso perdonar. ¿Por qué crees que Dios perdona nuestros pecados? Él tiene derecho a ser más inflexible que nosotros; no obstante, su inmenso amor nos redime. Si en tu pensamiento hay perdón, ella quedará limpia y descansará en paz...

Nico se cubrió los ojos con los dedos y respiró hondo, buscando la serenidad de su emoción. Trenton le observaba, preocupado y anhelante al mismo tiempo. La cucharilla emitió un sonido metálico al revolver el azúcar del fondo de la taza de café, y el muchacho murmuró:

—Me han hecho mucho bien sus palabras, inspector. Gra... cias. Ahora tengo que marcharse.

★ ★ ★

Metió el llavín en la cerradura y lo hizo girar. La puerta cedió fácilmente, y pulsó el interruptor, inundando el *living* de luz.

Cerró tras sí, mordiéndose los labios. A su olfato había llegado el perfume que utilizaba Agatha, despertando en él vivos recuerdos.

Sin querer mirar apenas los muebles, ni la especial decoración de la estancia, para no sufrir el asalto de las evocaciones, se encaminó rectamente al dormitorio, junto a cuyo tocador se arrodilló, empezando a abrir cajones en busca de algo que ni él mismo sabía.

Tiró de uno, y revolvió en su interior. Las medias se amontonaban confusamente, la mayoría con largas carreras. En otro, varias cajas de pañuelos perfumados. Al fondo, dos cajas de pendientes, vacías, y una de collar. El tercer cajón tenía unas cajas de cartón atadas con cintas rosas y amarillas. Con dedos febriles soltó los nudos como mejor pudo y las abrió. Contenían cartas. Una a una empezó a examinarlas por vez primera, ya que jamás había sentido curiosidad por registrar los pequeños secretos de su mujer. Eran de amigas. Se decían las mismas cosas tontas e insustanciales de todas las amigas del mundo. Hablaban de vestidos o del niño que había tenido otra amiga común.

Las fue echando a un lado, sin leerlas del todo. Muy pronto revisó toda la correspondencia, sin encontrar nada medianamente significativo. Metió todo en un confuso montón en las cajas, y la emprendió con otro cajón. En él había fotografías, papel de cartas, la partida de nacimiento, la licencia matrimonial, una cartilla de ahorro en la que ambos habían ido metiendo los pocos dólares conseguidos, frasquitos de laca para las uñas, ya vacíos, y alguna cosa más. El quinto guardaba unos recortes de periódico relativos a la melancólica vida de Ava Gardner o al trágico destino de James Dean, que aparecía en una fotografía, con su mirada triste y ausente. El último de los cajones guardaba todas esas cosas que siempre da pena tirarlas, que nunca se desechan por completo.

Dejó de buscar, desalentado. Allí no había nada. Al menos, no había nada que pudiese servirle... ¿para qué? ¿Es que buscaba algo en concreto?

Se pasó los dedos entre el cabello y apretó los ojos. ¡Tenía precisión de encontrar la conexión de Agatha con su pasado para buscar al que la había matado!

Se incorporó y fue al armario. Uno de los cuerpos guardaba sus trajes. El otro, los que Agatha no se había llevado. El central servía para la ropa blanca. Miró entre las sábanas y las mudas. El tenue aroma a alcanfor le saludó desde la madera olorosa.

Salió del dormitorio. En el *living* había un escritorio, y lo abrió. Los recibos del apartamento, la cuenta del gas y de la luz, el décimo plazo del frigorífico, la nota del garaje, algunas cartas, láminas de calendarios y...

Lo miró con sorpresa. Era amarillo y tenía unas pocas líneas impresas.

Resguardo de la póliza de seguro...

Algo empezó a sonar en el fondo de su cerebro, y el pequeño

rectángulo de papel tembló entre sus dedos.

Con súbita decisión, lo guardó en el bolsillo y fue a las ventanas. Subió las persianas y la luz de la tarde penetró en el *living*, eclipsando la artificial. Levantó la hoja de la ventana unos centímetros para que el aire ventilase el apartamento y, decidido, salió, notando en su bolsillo el crujido del resguardo...

★ ★ ★

La placa de la puerta decía:

METROPOL INSURANCES

Y hacía muy poco que había sido bruñida su superficie. Parecía una compañía próspera y eficiente. Ocho mecanógrafas martilleaban en otras tantas máquinas de escribir, y varios empleados encorvaban el lomo sobre gruesos libros de contabilidad. El empleado, de engomado bigote y tupé a lo Ronald Colman, murmuró, escurridizo:

—La verdad, no sé qué...

Nico movió el resguardo ante los ojos del figurín.

—Hablaré con el director. Lléveme hasta él.

—No sé sí...

La mirada del agente especial debió convencerle, pues se movió, silencioso, gracias a la goma de los zapatos, en dirección a una puerta color caoba, en la que llamó con los nudillos.

No tuvo que esperar excesivamente. Cuando le hicieron pasar, dos mecanógrafas dejaron de mascar el chicle y estiraron sus jerséis con la misma desenvoltura que Diana Dors. Nico las fulminó, y ellas se arrugaron, sintiendo un súbito interés por el trabajo que realizaban.

El director-gerente levantó la calva cabeza y depositó las gruesas gafas de concha sobre el cristal del escritorio, invitando:

—Siéntese.

Luego, antes de que Nico pudiera exponer sus pretensiones, el hombre continuó:

—Lo que usted pide es un poco desusado, señor...

—Tengo motivos para pedir esa información.

—La Metropol Insurances es una...

Nico cortó el latiguillo pedantesco del gerente de un simple manotazo al aire.

—... firma de reconocida seriedad, lo sé. Pero el asunto que me trae es muy grave. Tanto, que me obliga a rogarle me facilite ese informe. Si no accede a ello, deberé exigírselo.

El gerente se medio incorporó en su sillón, enfurecido. Dos pelos de

su calva se pusieron tiesos, y los ojillos se inflamaron por la sangre que acudió a sus venillas.

—¡Oiga! ¡Esto es demasiado...!

Nico hizo un simple movimiento y mostró su carnet.

—Servicio oficial. Veamos esos archivos.

Ya no rogaba: exigía. Y su mirada destellaba peligrosos fulgores. El gerente, intimidado por la credencial, se dejó hundir en el sillón, incapaz de ponerse a la altura de las circunstancias. Solo al cabo de un momento pudo respirar con fuerza y decir:

—Perdone, yo...

—¡Tengo prisa!

El hombrecillo se levantó y, haciendo numerosas inclinaciones, empezó a tocar timbres como un loco. La puerta se abrió dando paso a dos empleados solícitos.

—¡Traigan esta póliza! —ordenó el gerente, entregando el resguardo.

Poco después, Nico la tenía ante sí.

—La han pagado esta mañana, señor —anunció el gerente.

Nico levantó la vista de los papeles.

—¿A quién?

Tras comprobarlo, respondió:

—A Charles Bixby.

—¿Quién es ese tal Charles Bixby?

—No lo sabemos. La póliza que aseguraba la vida de Agatha Elbert nombraba beneficiario a este señor.

Nico creyó que alguien le había golpeado en la punta de la barbilla y se tambaleó.

—¿Y han hecho efectivo el pago?

—Esta misma mañana. A las once nos llamaron por teléfono anunciando que Agatha Elbert había muerto y que su beneficiario vendría para cobrar el seguro. Hemos verificado las correspondientes comprobaciones y, una vez que ha obrado en nuestro poder el certificado de la defunción de la asegurada, hemos abonado los setenta y cinco mil dólares de la póliza. La Metropól Insurances tiene a gala ser la empresa más reservada y rápida de todo el país —terminó pomposamente el director.

—Pero... esta precipitación es...

—La base de nuestro triunfo, señor. Hay infinidad de personas que no han hecho una póliza de vida por desconfiar de la reserva y de la rapidez en los pagos de las empresas. Por eso nos hemos lanzado a este género de seguros. Pero... ¿ocurre algo? —preguntó el gerente, al ver la expresión de Nico.

—Ocurre que han pagado el seguro al asesino de la titular.

El gerente parpadeó.

—No comprendo... El certificado de la muerte asegura que el fallecimiento ocurrió por insuficiencia cardíaca.

—Hay inyecciones que la producen artificialmente —replicó con dureza—. ¿Qué saben de Charles Bixby? ¿Dónde se le puede encontrar? ¿Cómo es?

Nadie lo sabía con precisión. Desde luego, llevaba gafas oscuras y tenía las solapas de la gabardina subidas. Tampoco se había quitado el flexible, a pesar de entrar en una oficina. Había hablado muy pocas palabras, y lo único que se poseía de él era la firma.

Nico recogió los papeles y los guardó en un sobre grande que le tendieron.

—Quedan bajo la custodia del FBI —anunció—. Y ahora, ¿cuál es el domicilio de Bixby?

No lo tenían.

Parecía incomprensible, pero así era.

—Insistió mucho en que fuese asunto reservado. No obstante... —añadió, confuso, el gerente—, nuestro jefe de agentes sabrá seguramente más datos sobre Charles Bixby, pues él hizo la póliza...

Nico tomó una hoja de papel y se dispuso a anotar.

—¿Dónde está ese jefe de agentes?

—Se llama Cornell Blount y lo encontrará en el Gimnasio Allen...

★ ★ ★

Un “mosca” se esforzaba en mover el saco de arena con sus puños y tres “plumas” saltaban a la comba, como niñas vestidas de marineritas. Un negro estaba zumbando de lo lindo a un tipo pelirrojo y con la nariz vuelta del revés, que utilizaba las cuerdas del cuadrilátero para eludir el acoso de su rival.

Un espeso olor a sudor y a embrocación invadía el ambiente y Nico se detuvo unos segundos a la puerta del local, abarcando de una ojeada lo que se le ofrecía a su mirada.

En un rincón, un viejo parecía confesar a un jovencito de músculos apenas esbozados, que calzaba unos guantes mayores que él. Era una situación ridícula y a Nico le repugnó.

El negro continuaba zumbando de lo lindo al pelirrojo, que lanzaba furiosos y desordenados golpes a su rival, como si aquella mole pudiera derribarse con algo que no fuese perrería y malas artes.

Un individuo de sudada camisa amarilla y mordisqueado cigarro salió de un vestuario y se detuvo para mirar el combate que tenía lugar

en el *ring*, sin espectadores. Se quitó el flexible marrón que se le había deslizado hasta la nuca y a través de los dientes y del puro, farfulló:

—¡Dale al hígado, Red! ¡Déjale la barbilla al negro, que la tiene de piedra...! —se volvió mascullando algo y dejándose el flexible sobre la cabeza con desgana mientras se dirigía al lugar donde estaba Nico.

Al llegar a su altura, el agente especial le detuvo:

—Busco a Cornell Blount.

El del cigarro masticado le miró de arriba abajo, en gesto calculador.

—¿Aspirante a revientasacos, cobrador de impuestos o qué...?

—O qué. Busco a Blount y soy peso pesado.

A oídos susceptibles aquello podía parecer una amenaza.

Pero el del flexible marrón no quería más puñetazos en aquella vida e hizo oídos de mercader.

—Tercera puerta a la derecha. No se meta en la segunda, porque “Bisonte” Wolco está de malas.

Y lo estaba. Precisamente cuando Nico iba a pasar ante la puerta escuchó unos gritos y frenó la marcha. Lo hizo con prudencia, pues al segundo siguiente sonó el impacto de un puñetazo y un bólido humano salió del interior como si lo hubiese disparado un cañón. El cuerpo de la víctima dio tres vueltas de campana y cuando se acabó la fuerza, quedó tieso y tendido, más quieto que un palo, con las piernas y los brazos en cruz.

En el umbral apareció un individuo gigantesco, de casi dos metros y hombros tan anchos, que se vería obligado a pasar de perfil por según qué puertas. La mandíbula parecía un ángulo de acero, y daba la impresión de no caer aunque le golpearan con un martillo pilón. En sus ojillos diminutos y obtusos había cólera mal reprimida.

—Así aprenderás... —dijo, sacudiéndose las manos.

Nico prosiguió su marcha bajo la atenta y curiosa mirada del púgil, que no despegó de él sus ojos. Cuando llegó a la puerta indicada, llamó y esperó la contestación.

—Adelante.

Cornell Blount tenía los pies cruzados sobre un escritorio y con una mano sujetaba un bocadillo de jamón mientras con la otra sostenía una revista de chicas muy alegres y poco frioleras, en la que clavaba los ojos con verdadero interés.

Nico cerró tras sí y aguardó a que Blount dejase de interesarse por la revista.

—¿Qué quieres? —dijo, sin levantar la vista.

—Saber dónde puedo encontrar a Charles Bixby.

Blount se percató, por primera vez, de que el que había entrado no

era de la casa, y tiró la revista a un lado mientras bajaba los pies del tablero.

—¿Quién es usted? —preguntó, cerrando mucho los ojillos y dejando de masticar.

—Vengo de la Metropol Insurances, y allí me dijeron que usted sabría el paradero de Charles Bixby.

Blount no se movió durante un largo minuto. Los ojos se le habían escondido tras los pliegues de los párpados y la frente estaba tensa. Tendría unos cuarenta años y el abdomen le había aumentado. Pero aún tendría un buen golpe porque decisión y coraje no le faltaban, a juzgar por su gesto.

—¿Para qué quiere a... Bixby? —dijo, al fin, pesando una a una las palabras, como si fuesen gramos de *radium*.

Nico, con las piernas abiertas y los puños en la cintura, estaba clavado e inmóvil cerca de la entrada, como un coloso pétreo de inquietantes perfiles.

—Supóngase que me interesase saberlo...

—Tiene que haber un motivo —y tragó el bolo de alimento que había masticado.

Se incorporó y dejó el resto del bocadillo en la punta del escritorio.

—Lo hay. Es preciso que encuentre a Charles Bixby para que me aclare unas cuantas cosas, relacionadas con una póliza de seguro de vida. ¿Vale?

Cornell Blount dudó aún.

—No sé si debo...

—Vengo de la Metropol. El gerente me aseguró que usted...

Blount se pasó la mano por la frente.

—El caso es que no lo recuerdo. Tengo la dirección anotada en una libreta, en casa... ¿Puede pasarse luego por aquí?

Nico levantó la comisura derecha de la boca.

—Tengo cara de tonto, ¿eh? —dijo un paso adelante—. Vamos a ver: aguce esa memoria.

—¿Me amenaza?

—Le aconsejo.

—Si levanto la voz, le molerán los huesos, y no quedará de usted ni un botón. Ahí al lado está "Bisonte" Wolco con ganas de juega.

—Y yo. Venga esa dirección.

—No me gusta que nadie me avasalle.

—¿No, eh?

Movió los puños con tanta rapidez que Blount no fue capaz de evitarlo. El derecho golpeó el estómago y el izquierdo, la barbilla, incorporándole convincentemente. De nuevo el derecho se extendió,

atrapándole de los tirantes para que no cayese al suelo. Todo muy rápido. Todo muy silencioso. Y de los labios del promotor de combates empezó a salir un hilillo de sangre que fue como la raya de un lápiz rojo sobre la barbilla del castigado.

—¿Vino a la memoria esa dirección?

Blount agitó la cabeza para alejar el desvanecimiento. Los ojillos se clavaron, ominosos, en las facciones del joven y deletreó:

—Calle Oeste, 372.

★ ★ ★

La portera movió la cabeza de un lado a otro, y al hacerlo una greña sebosa y gris le cayó a la cara.

—Aquí no hay ningún Charles Bixby. ¿Por qué no toman mejor la dirección cuando van a algún sitio?

Nico apretó los puños y miró el portal. Era sucio y maloliente. Una débil bombilla, con polvo del año que se quisiese pedir, lucía al principio de la escalera, pretendiendo inútilmente desvelar las tinieblas.

—¿Está segura? —insistió.

La mujeruca se movió con genio.

—¡Oiga! ¿Quién es aquí la portera? ¿Usted o yo? ¡Sé perfectamente quién vive aquí y quién no!

Nico dio media vuelta y salió del portal, maldiciéndose por haber sido tan idiota como para haberse dejado engañar así.

Prometiéndole darle una lección a Cornell Blount, tiró de la manecilla de la portezuela de su coche —recuperado por la Metropolitana en el lugar que lo había dejado—, y se acomodó en el interior.

Una vez allí, tomó un cigarrillo y lo encendió meticulosamente. La débil llanita relució en la oscuridad del coche y, cuando fue a apagarla, alguien a su espalda dijo:

—No la apagues y dame fuego.

Quedó tenso e inmóvil, sorprendido en la trampa. La cerilla chisporroteó, y tuvo que soltarla porque empezaba a lamer sus dedos.

—¿Tengo visita, eh?

—Chico listo —asintió la misma voz—. Pon en marcha este cacharro y ya te diré. ¿Es necesario que te advierta que tengo una pistola apuntando recta a tu nuca?

—Lo suponía.

—Chico listo —volvió a repetir la voz, burlona.

Nico accionó la puesta en marcha y el “Ford” se movió con

suavidad, llevando en el departamento posterior a un pasajero bastante indeseable.

—A la izquierda y todo recto —ordenó—. ¿En qué berenjenal te has metido, chico?

—Quien quiere peces... —recitó Nico.

—Claro, claro. A lo mejor no sale del mar... o del Hudson. Bien. ¿Y qué has descubierto hasta ahora?

Con el pitillo colgando de la comisura de los labios, Nico conducía suavemente, sin la menor vacilación ni temor.

—No gran cosa.

—Lo celebramos. Pero, ¿podemos creerte?

—Eso es cuenta vuestra.

—Por eso estoy aquí, ¿no crees?

—Bueno, ¿y qué?

—Voy a matarte.

Nico se retiró el pitillo de la boca.

—Hazlo, ¿por qué te retrasas?

—Espero llegar a un sitio más solitario. No conviene que haya testigos, ¿sabes?

—No os ha detenido esa consideración para matar a dos mujeres —dijo con voz tensa, en la que se podía adivinar la decisión de su ánimo.

—Tranquilo, muchacho, tranquilo. Si te enfadas, no conseguirás si no precipitar los acontecimientos. Comprende que no matamos por divertirnos, sino obligados por las circunstancias. ¿Por qué las cosas se dificultan de un día para otro? No es culpa nuestra, sino de los que os metéis por medio. Por ello, si te mato, no me guardes mucho rencor, ¿sabes? Tú te lo buscaste.

—¿Creíais que iba a dejar impune el asesinato de mi mujer?

El pistolero farfulló algo.

—¡Sopla! Eres el marido de Agatha y, por tanto, agente del FBI. ¡Diablos! Eso no me lo dijeron.

Nico procuró no dejar traslucir la sonrisa que afloraba a sus labios.

—Mala cosa, amigo. Matar a un federal son palabras mayores. Yo que tú, no lo haría. Si te cogen mis compañeros, que te cogerán, te cogerás en la silla como una gamba, solo que sin sal... —empezó a frenar—. Mira, un consejo de amigo. Lárgate ahora, aprovechando la noche. No he visto tu cara y no podré reconocerte. Di a tu amo que no pudiste liquidarme, y en paz.

El pistolero replicó:

—¡Aprieta el acelerador y no hagas monadas! A la menor broma, aprieto el gatillo y te largas al infierno... —luego, más calmado, aunque por el tono de voz se advertía el confuso desorden de sus pensamientos,

volvió a hablar—: No esperes convencerme, con tus arrullos de blanca paloma... Sé de sobras vuestras martingalas, y no me la das. ¿Has oído? ¡No insistas y obedece!

Nico guardó silencio, conduciendo por las calles de Nueva York, en dirección al Puente de Brooklyn.

Pasaron los minutos con pesada lentitud. Por la mente del joven cruzaron los más absurdos proyectos para deshacerse del cierto peligro que representaba el pistolero que le vigilaba atentamente a su espalda, pero ninguno de ellos acababa de convencerle lo suficiente como para ponerlo en práctica.

Enfilaron el Brooklyn y la armadura metálica lateral constituyó como una especie de mareante remolino que causaba vértigo, dada la velocidad a que rodaban por él. Por fin salieron del puente y el pistolero ordenó:

—A la derecha.

Corrían por la orilla del Hudson en una pequeña carretera lamida por el río pesado y gris. La oscuridad se había intensificado al pasar a Brooklyn, y las barcas de toda clase, ancladas a pocos metros, formaban un escenario de película terrorífica.

Nico temió que el disparo mortal ocurriese allí mismo, y elevó la vista al cielo, convencido de que necesitaba ponerse a bien con Dios para el último viaje de su vida.

Pero escuchó la orden:

—Frena.

Lo hizo instintivamente con tal brusquedad, que el pistolero perdió el equilibrio.

Nico lo comprendió al escuchar la maldición y el consiguiente ruido que se armó al caer el pistolero del asiento, y sin pensarlo dos veces, pulsó la manecilla hacia abajo y saltó del vehículo, tumbándose en tierra.

Lo hizo a tiempo porque el disparo estalló en el reducido recinto, con horrisono estampido, reventando el parabrisas.

Desde el suelo, el joven agente extrajo su pistola y la levantó. Vio la sombra que se asomaba por la ventanilla, y dudó un segundo, pero la vida estaba entre el pistolero y él, y apretó el gatillo.

Un alarido brotado de la garganta del *gangster* indicó que había sido certero en su disparo.

Después de aquello, se hizo de nuevo el silencio en aquel lugar solitario. Nico se incorporó con todo lujo de precauciones, en previsión de que fuese una trampa, y abrió la portezuela, encendiendo las luces interiores.

Tumbado en la alfombrilla, con la mano apoyada en el asiento,

intentando hacer fuerzas para levantarse, jadeaba el *gangster*, de cuyo pecho brotaba una mancha roja, que iba extendiéndose por la camisa.

Nico sacó el cuerpo y lo tendió en el suelo de la carretera, ante los faros, para examinar la herida.

—Intentaré curarte —le dijo al frustrado asesino.

Pero este movió la cabeza a un lado y a otro, negativamente.

El joven comprendió que no tenía salvación y que intentar curarle era perder un tiempo precioso para la investigación, preguntó:

—¿Dónde está Bixby?

El pistolero movió la cabeza.

—¿Dónde está? ¡Dímelo! ¿No tienes deseos de regenerar tu vida, aunque sea al final?

El moribundo movió los labios y Nico se inclinó sobre ellos para no perder una sílaba.

—No... existe... Es... un... seudó... nimo.

—¿Quién es el jefe de la banda? ¿Dónde os reunís? ¿Quién mató a Agatha?

El herido hizo señas de que no podía hablar. Solo, al cabo de un grandísimo esfuerzo, dijo:

—Kiowa.

★ ★ ★

Allí estaban las letras luminosas y el indio piel-roja diseñado en neón contra la oscuridad de la noche, lanzando volutas fluorescentes de la pipa de la paz.

Había un buen puñado de clientes en el bar, trasegando más alcohol que el que produce una destilería.

Había mujeres también, abundando las rubias oxigenadas de carnes blancas y escotes panorámicos. Todas tenían una especial predilección por cruzar las piernas, y todas, también, gustaban de lucir la belleza de la malla de nylon. La mayoría de ellas sorbían bebidas de colores caprichosos, y miraban con tiernos ojos al acompañante.

Nico no sintió ninguna atracción por el placer de la bebida, y recorrió el local de una ojeada rápida, en busca de algo que solucionase su problema. Un camarero se le acercó, ofreciéndole mesa, y hasta quizá compañía, pero le dejó con la boca abierta, y se dirigió a unas escalerillas que llevaban a la sala de fiestas, propiamente dicha.

Lo hizo en el preciso instante en que las luces estaban semiapagadas porque una cantante de pelo plateado con reflejos violeta decía trivialidades dentro de su vestido de tisú de plata, moviendo mucho las caderas y curvando los labios con exceso para resultar atrayente.

Otro camarero se le aproximó por detrás.

—¿Mesa?

—No.

El camarero tosió suavemente.

—Perdón, señor. Si ha de estar aquí, es preciso que tome una mesa.

Nico se encaró con él.

—Busco a alguien.

—Si me dice su nombre, trataremos de encontrarlo, pero es preciso que se siente...

El joven accedió.

—Lléveme a un buen rincón.

En efecto. La mesa estaba bien situada, y la artista empezó a moverse hacia allí, sin dejar de cantar. El foco luminoso la seguía a todas partes, y ella, incansablemente, gorgoriteaba algo sin inspiración.

Al cantar, la mujer se movía, y Nico temió que el vestido estallase al menor descuido, poniendo a su propietaria en un grave aprieto. Pero, por lo visto, estaba bien cosido porque nada de eso ocurrió. La cantante, de mesa en mesa, se acercó a la suya, y Nico advirtió que el foco iba a bañarle en luz durante unos instantes, los suficientes para que cualquier miembro de la banda descubriese su presencia.

Por eso se acodó, poniendo el brazo y la mano ante su rostro para protegerlo de la luz. La cantante llegó y durante medio minuto le cantó a él aquello de “Neme das un beso... y tal”. Por fin se fue, ondulosa, dispuesta a acabar de una vez con la ramplona canción.

Un acorde final de la orquesta, y las luces se encendieron, estallando la concurrencia en aplausos.

Cuando estos cesaron, la orquesta atacó un bailable, y las parejas salieron a la pista. De una mesa vecina, una muchacha exclamó:

—¡Esta orquesta es magnífica! Tiene un repertorio de novedades...

Nico giró la cabeza y vio en la mesa situada junto a él un grupo de muchachas y muchachos, que parecían divertirse de lo lindo. Entre ellas, Alma Trenton.

Se mordió los labios, molesto por aquello. ¿Qué hacía allí una muchacha como Alma?

La miró con detenimiento. Tenía el negro pelo recogido en una larga y recia coleta que formaba un moño alto. Al cuello llevaba un fino collar, y en las orejitas unos pendientes de diseño clásico chisporroteaban con la luz.

Su examen no pasó inadvertido para una de las amigas de Alma, que se inclinó sobre esta, cuchicheando algo. La hija del inspector Trenton se volvió para ver quién era el que la miraba y, al reconocerlo, exclamó:

—¡Señor Elbert!

Impetuosa, acudió a la mesa del agente, que se levantó, incómodo por la situación.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó ella, con los ojos muy brillantes.

—Eso debería preguntarle a usted —replicó Nico, con algo de severidad.

La muchacha, sin dejar de sonreír, dispuso una silla y se sentó decididamente.

—No sabe cuánto me alegra encontrarle. Venga, le presentaré a mis amigos y...

—No —Nico no sonreía—. Este no es lugar para una chiquilla como usted. Ahora mismo se va a despedir de sus amigos, y vendrá conmigo. La llevaré a casa.

La expresión del rostro de Alma, se nubló.

—¿Por qué?

—Este local oculta algo feo. Hágame caso y salgamos. Es lo mejor.

La muchacha se había incorporado de nuevo, y la sonrisa de su bello rostro se había cambiado por un gesto compungido.

Nico apremió:

—¡Vamos, dese prisa!

Al decirlo, miró al fondo y lo que vio le indicó que habría dificultades. “Bobo” Davis, enfundado absurdamente en un *smoking*, no apartaba los ojos de él. Nico buscó otra salida, y en ella encontró a otro matón, de siniestro aspecto, que le vigilaba igualmente.

—Tendremos complicaciones —anunció Nico a la muchacha—. Coja su bolso y sígame.

Alma, asustada, se despidió rápidamente de sus amigos, y tomando el diminuto bolso y la capita de pieles, se puso al lado del agente especial.

Nico se dirigió recto a la salida, llevando tras sí a la muchacha. Justo cuando faltaban unos metros, las luces se apagaron y la orquesta anunció la entrada de la artista. El joven renegó por lo bajo y apretó sus puños.

Un cuerpo pesado se le abalanzó, dispuesto a sujetarle, pero Nico hizo una finta de cintura y clavó un cruel golpe en el cuello de su rival, levantando al mismo tiempo la rodilla con furia. El matón lanzó un ahogado estertor y cayó al suelo, malherido. “Bobo” Davis lanzó una exclamación desde su puerta y echó a correr hacia el lugar donde estaban los dos jóvenes. Nico tomó la mano de Alma y, tirando de ella, la hizo correr.

A toda velocidad salieron de la sala de fiestas y subieron de dos en dos las escalerillas que llevaban al bar. Una vez allí, lo atravesaron sin

correr excesivamente, seguidos de cerca por el ex púgil, que apartaba a la gente a codazos para darles alcance.

Por fin se vieron fuera del “Kiowa”. Nico hizo correr a la muchacha hacia su “Ford” y, abriendo la portezuela, la hizo meterse, imitándola a su vez, tras haber comprobado que nadie les esperaba en el interior.

En aquel instante, “Bobo” Davis apareció en la puerta del local y Nico accionó el encendido, poniendo el coche en marcha.

Unos segundos después, se habían alejado lo suficiente como para no tener ningún temor.

Entonces, amainando la velocidad, Nico se volvió a la muchacha.

CAPÍTULO V

—¿Se puede saber qué hacías ahí?

Su tono duro y el súbito tuteo acobardaron a la muchacha.

—Salí con unos amigos...

—¿Ya te deja tu padre salir sola?

—¿Y por qué no?

—¡Eres una chiquilla!

Alma abrió, nerviosa, el bolso y sacó un diminuto y vaporoso pañuelito, que acercó a sus narices.

—¡No lo soy! —protestó—. He cumplido veinte años...

—¿Y qué...? Eres una criatura, y no puedes asomarte al mundo tan pronto. Sobre todo, a un mundo como el que frecuentas. ¿Qué haces tú en él? —sin mirarla y fijos los ojos en el tránsito, prosiguió—: Veinte años, ¿y qué? Las chicas de hoy creéis que al llegar a esa edad lo tenéis todo hecho en la vida, y que todo está a vuestro alcance. Luego, pasa lo que pasa. No he visto nada más absurdo que tu coleta y tus ojos en ese club.

Alma se volvió, rojas las mejillas.

—¿Qué pasa con mi coleta y mis ojos?

—Que son los de una niña.

—¿Me cree una chiquilla?

—¡Sí, cielos! Y si yo fuese tu padre, te daría una tanda de azotes donde a las niñas díscolas se les da los azotes.

La muchacha, roja como la grana, se hundió aún más en el asiento, apartándose cuanto le fue posible del joven agente y apoyándose en la puerta del coche. Allí, con el pañuelo prieto contra el rostro, permaneció muda e inmóvil, dolida por las severas frases de Nico.

Durante unos minutos, no volvieron a cruzar ni una sola palabra. El motor, suavemente, emitía su ronroneo complaciente, y la oscuridad del vehículo, solo rota por el reflejo de los faros de otros coches, contribuía a separarles aún más.

—Límpiate esas lágrimas, y repara el desperfecto de tu cara —aconsejó Nico—. No quisiera dar a tu padre ninguna explicación.

Oyó cómo la muchacha sorbía las lágrimas y empezaba a cuidar de sus ojos.

Pulsó el interruptor y el interior se iluminó. Alma, dándole la espalda en lo posible, sacó un espejito para retocarse el escaso “maquillaje”. Cuando hubo terminado, Nico murmuró:

—No me guardes rencor. A veces, no sé lo que digo. Llevo malos días.

Alma se volvió, con triste mirada, pero deseando olvidar.

—No sé preocupe... No tiene importancia. Quizá... me lo he merecido.

Luego, tras otra pausa, dijo:

—Tiene que acordarse mucho de su esposa, ¿verdad?

Nico asintió con dificultad.

—Papá dijo que usted la adoraba.

El joven volvió a afirmar, mordiéndose los labios.

—Me imagino que tiene que ser lo más espantoso de esta vida perder a una persona tan querida.

—Es... no vivir.

—Sin embargo, los recuerdos...

Nico la interrumpió:

—Los recuerdos no hacen feliz a nadie. Es la tortura mayor. ¡No sabes lo que daría por arrancarme el cerebro y limpiármelo de recuerdos!

Alma quedó intimidada por la exclamación.

—¿No quiere acordarse de su esposa?

—¡No! —en un susurro, completó—: Me hace sufrir.

Alma se acercó al joven y posó, una de sus finas y delicadas manos sobre el antebrazo masculino, maternalmente en su inocencia.

—Es bueno sufrir. No debe desecharse el dolor, porque él nos purifica... Me lo dijo un viejo sacerdote.

Nico cabeceó lentamente.

—Puede que fuese un hombre inteligente... Sí; el dolor nos transforma y nos hace... más comprensivos.

Y pensó en su puritanismo de siempre, en su inflexibilidad y en la dureza que en todo momento había demostrado para quienes no habían sabido mantenerse en el campo de la moral y la justicia.

—Es bueno sufrir, Alma, pero cuando a uno le toca, ese sufrimiento le hace ver que río fue justo.

—Todos dejamos de serlo alguna vez.

Nico la miró directamente a los ojos, y luego desvió la vista para decir:

—Tú no has tenido tiempo todavía de ser injusta. Procura no serlo nunca, Alma, y no apartarte jamás de la verdad. Si lo logras, no seas orgullosa tampoco, ni mires con desprecio a los que cayeron. Piensa que pudieron existir muchos motivos para que tal cosa ocurriese.

La muchacha se sintió emocionada a pesar suyo, al escuchar tales palabras.

—Creo... que se está transformando, señor Elbert... —murmuró.

Frenó al divisar el disco rojo de un semáforo y esperó pacientemente a que cambiase el color.

—Pero siempre se llega tarde —se pasó la mano por la frente y los ojos, y luego respiró con fuerza—. Hay algo que no me perdonaré nunca, Alma. Llegué a pensar mal de mi esposa y a despreciarla por lo que yo creía... —hizo un gesto ambiguo y añadió—: No lo entenderías. El caso es que ahora pienso de diferente forma. Algo cambió en mi interior cuando la encontré, muerta, a mi lado, con aquella su especial tranquilidad en su semblante, que siempre me había cautivado. Todo mi furor se trocó en una pena muy grande, muy honda, y en una ilimitada capacidad de perdonar y de comprender. Ahora, aunque descubriese lo peor, no me afectaría porque sé que me amó y que la amé con toda la sinceridad con que se pueden amar dos personas.

El disco verde se iluminó, y apretó el acelerador. El “Ford” prosiguió su carrera, y Nico añadió, como confesando algo que precisase decir:

—La conocí en un *dancing*, y a partir de aquel instante todo se precipitó hasta casarnos en unas pocas semanas. Ella no iba por allí habitualmente, con lo que quiero decir que no pertenecía a ese mundo. Fue el destino el que nos unió allí, y nunca he renegado de aquel encuentro. Luego, las cosas han venido de otra forma, y me he enterado de algo que no sabía y que tampoco me había preocupado por conocer. Ahora es cuando estoy investigando en el pasado de mi esposa...

—¿Cree que debe hacerlo? ¿No es un poco cruel, ahora que ella no... está?

Nico asintió, comprendiendo la justeza del reproche.

—He de castigar a su asesino.

—Pero no la juzgue.

—No; no lo haré. Ella está por encima de todas esas cosas...

Nico frenó ante la casa de Trenton.

—¿La amaré siempre? —preguntó ella, con un hilo de voz.

—Sí... Soy fiel, Alma. En la vida es muy importante saber ser fiel.

★ ★ ★

El inspector Trenton examinó la póliza del seguro y la firma del beneficiario, que justificaba el cobro de los setenta y cinco mil dólares. Nico, ante él, con una ancha copa de coñac entre los dedos, esperaba que su jefe hablase, tras el informe de él.

—El FBI debe intervenir de una manera rotunda, Nico —reflexionó el inspector—. No me importará que te niegues, porque no

atenderé tus razones.

El joven asintió.

—Pienso igual que usted. Necesito ayuda... Porque supongo que el asunto continuará en mis manos, ¿no? —se apresuró a preguntar.

—Ya que lo has empezado, acaba con él. Así que Bixby no existe, ¿eh? —comentó—. Bien, bien... Mandaré estos documentos al laboratorio para que saquen las huellas.

Se acercó al teléfono y marcó un número. Mientras aguardaba a que descolgasen el auricular al otro lado de la línea, dijo:

—El *gangster* al que mataste esta noche se llamaba Jimmy Elkin, y estaba fichado por tres asaltos a mano armada con escalo, un homicidio y tráfico de drogas. No tenía conexión especial con ninguna banda. Era, lo que podríamos llamar, un peón de brega al servicio del mejor postor.

—Le han informado pronto, ¿eh?

Trenton no respondió porque al fin pudo establecer comunicación.

—Habla el inspector Trenton —dijo—. Dé orden a Dactiloscopia y archivos anejos que estén preparados para cuando llegue. También la sección de emergencia que se halle dispuesta para dar una batida. ¡Estoy ahí en quince minutos!

Colgó y, guardándose los documentos en un bolsillo, indicó:

—Adelante, Nico. Vamos a trabajar.

En el tiempo previsto se encontraron en el edificio neoyorquino del FBI. A grandes zancadas, se dirigieron al laboratorio dactiloscópico, y Trenton tiró los documentos sobre uno de los tableros.

—Quiero las huellas latentes ahí y sus fichas. Todo, en un tiempo récord. ¡A trabajar, muchachos!

En el despacho, reunió a los miembros de la brigada de emergencia, preparados siempre para cualquier eventualidad.

—Tomad nota y tened los ojos bien abiertos. Da instrucciones, Nico.

El aludido avanzó hasta situarse ante la mesa y, mirando fijamente a los ocho hombres que llenaban el despacho, empezó:

—Necesito a un tal “Tory” Cedar, acusado del asesinato de Gladys Green, que encontrarán en Bronx, en Pine Road 477. Quizá no esté allí más que su mujer, pero de ahí podrán sacar algo, si andan con ojo. También quiero en disposición de hacerle hablar a un tal Cornell Blount, jefe de agentes de la Metropól Insurances y promotor de boxeo, que encontrarán, quizá, en el gimnasio Allen. Es conveniente, también, tener informes sobre lo que oculta dicho gimnasio. Lo mismo digo respecto a “Bobo” Davis, que acostumbra a prestar sus servicios en el club “Kiowa”. Al mismo tiempo que lo empapelan, vigilen el local. Eso es todo... por ahora. Esperamos los informes en este despacho. Llamen

cada media hora para dar cuenta de sus pasos.

Los ocho hombres salieron, y Trenton añadió, antes de que cerrasen la puerta:

—¡Quedaos dos para hacer otro trabajo similar y aguardad fuera!

Luego encargaron una cafetera repleta de negro y aromático contenido, y se dispusieron a esperar, madurando el caso, entretanto.

Aún no había pasado media hora cuando el teléfono sonó. Nico descolgó el auricular y pidió:

—Hable.

—¡Aquí el agente Simmons! No hay ni rastro de “Tory” Cedar. Su mujer dice que salió hace día y medio, y que no tiene noticia de dónde puede estar.

—Háganla hablar. Seguro que tiene un medio de comunicar con él.

—Lo hemos intentado todo, menos maltratarla. Dice que no lo sabe... y creo que así es.

—Bien. Permanezcan de vigilancia, por si se acercase nuestro hombre. Ni qué decir tiene que no debe dejársele a la mujer hablar por teléfono.

El agente Simmons asintió.

—De acuerdo. Llamaremos periódicamente para dar cuenta de la situación.

Casi nada más colgar, el timbre volvió a repiquetear, y la otra pareja de agentes informó:

—¡“Bobo” Davis está con nosotros. ¿Le llevamos ahí?

—¡Buen trabajo! Traiganlo aquí inmediatamente. Procuren que no se estropee por el camino.

Y colgó. Trenton sirvió otra taza de café y, cuando estaban bebiéndola, llamaron a la puerta.

—¡Pase!

El técnico en huellas se introdujo, envuelto en la blanca bata, agitando, triunfal, en el aire unas fotografías y varias fichas.

—Esto es trabajar con rapidez, inspector —dijo el técnico, ofreciendo a su superior el resultado del examen.

Trenton miró las fotos de las huellas dactilares, y a continuación las fichas sacadas del archivo y que coincidían con las obtenidas.

—Aquí están mis huellas, y las tuyas, Nico. También las de tu mujer, tres inidentificadas y otra que dice mucho. Pertenece a Black Morrison, traficante en drogas, falsificador de salvoconductos, dos homicidios y varios lenocinios; en total, tres condenas por cuarenta años, que se quedaron en quince. Esto es para que te dediques a regenerar a esta calaña. ¿Dónde estaba la huella de este angelito?

—Justo donde Charles Bixby estampó la firma.

Nico se incorporó, acercándose a la puerta.

—Ese es nuestro hombre —desde el quicio, llamó a los agentes que esperaban fuera, quienes entraron con rapidez—. Tomad esa ficha y traed al tipo que coincide con esos datos. ¡Es importantísimo! No podéis fallar.

Los dos agentes salieron a toda velocidad, dispuestos a cumplir la orden recibida. Mientras, el técnico habíase despedido del inspector, para regresar al laboratorio.

Cuando el joven iba a cerrar la puerta, volvió a sonar el teléfono, y Trenton lo tomó esta vez.

—¿Quién?

—El agente Larsen, señor. Cornell Blount ha volado, por lo que se ve. El gimnasio Allen presenta un aspecto de lo más inocente, y aquí nadie sabe nada. Por lo visto, todos se dedican a practicar el boxeo, sin más preocupaciones.

—Eso es estúpido pensarlo. Lo han preparado bien. Quienquiera que esté detrás de todo esto, ha olido la tostada y ha limpiado de cadáveres sus armarios.

—¿Qué podemos hacer, señor?

—Los ojos abiertos y no dejen de vigilar. Comuniquen periódicamente.

Al colgar, Nico sirvió otra taza de café.

—Necesitaremos estar despiertos esta noche, inspector. La tarea es difícil hasta que anudemos estos cabos. ¿Un cigarrillo?

—Sí, gracias.

Los encendieron y, tras lanzar una voluta de humo, Trenton informó a su subordinado de la comunicación recibida.

—No pierdo la esperanza de echar el guante a quién sea. Tarde o temprano el cazador cobra su pieza.

Fuera, escucharon rumor de lucha e imprecaciones, y Nico se levantó de un salto, abriendo la puerta de un tirón.

“Bobo” Davis, furioso, trataba de zafarse de los dos agentes que le conducían.

—Tranquilo, “Bobo”, estás en nuestra casa y por ahora eres el invitado de honor. ¿Quieres entrar?

La suave sonrisa y el aspecto tranquilo del joven tuvieron la virtud de calmar la furia del gigantesco ex púgil.

Los dos agentes que le habían llevado hasta allí pretendieron entrar, pero Nico movió la cabeza de un lado a otro.

—Déjenmelo a mí. “Bobo” se portará bien.

Cerró la puerta. El gigantesco *gangster* tenía las manos sujetas por el frío aro de las esposas, y al andar se asemejaba extraordinariamente a

un simio de torpes y balanceantes movimientos.

Trenton le observó con curiosidad, desde el lugar donde se encontraba. Nico, taladrando con sus fríos ojos grises la anatomía del pandillero, le mostró una silla.

—Siéntate y habla.

Obedeció solo en parte, porque cuando se dejó caer sobre la estructura de la silla, mantuvo los labios tan prietos como cuando entró.

—Vas a pasarlo mal, “Bobo”. Esto no va ser como mi visita, ¿recuerdas? Entonces estabas libre y te zurré cuanto quise. Ahora, aquí, va a ser mucho más fácil hacerlo. Estoy dispuesto a convertirme en un guñapo para toda la vida. Tú sabes suficientes marrullerías del boxeo sucio, para recordar que se puede machacar a un hombre, sin que quede huella de los golpes. Yo podría matarte ahí, con mis manos, y el médico certificaría colapso. ¿Qué me dices?

Hablaba con tan fría lentitud, que Trenton se estremeció involuntariamente. “Bobo” solo parpadeó, como único signo de que comprendía lo que le decían.

—¿Vas a hablar?

El ex púgil conservó su hermetismo de piedra, y Nico avanzó.

Sus puños fueron dos martilletes y el izquierdo buscó el mentón, mientras el derecho castigó los ganglios del cuello. “Bob” lanzó una grosería y se precipitó con la cabeza hacia adelante, buscando castigar el estómago del joven agente, pero Nico levantó la rodilla y esta aplastó la ya rota nariz del boxeador, que se incorporó con los ojos cuajados de lágrimas. Trenton se abalanzó sobre Nico, sujetándolo.

—¿Quién es tu jefe, “Bobo”?

El aludido balanceó la cabeza a un lado y a otro, como si se encontrase en el *ring*. Por sus deformadas narices resopló violentamente, tratando de aclarárselas, y respondió:

—Trabajo para el club “Kiowa”.

—Has emprendido el camino de la honradez, ¿eh? Lo celebro. ¿Cuál es tu misión allí?

—Cuido de que el orden no sea turbado por quien no sepa trasegar unas copas.

—Me conmueve tu regeneración —se burló Nico—. Solo que no todo el mundo va a creerte.

—¿De qué se me acusa? —preguntó el antiguo boxeador—. Esto es un atropello de mis derechos y...

—No vayas tan deprisa, “Bobo”. Estás aquí acusado de haber asesinado a Gladys Green.

La afirmación dejó como paralizado a “Bobo”, quien, durante unos

segundos, no fue capaz de encontrar las palabras adecuadas. Por fin, estalló:

—¡Yo no he hecho tal cosa! ¡Nada tengo que ver con su muerte! ¡Es una patraña la que se han inventado...!

Nico se encogió de hombros.

—Allá tú. Yo no tengo nada que ver con eso. Le he echado el guante a “Tory” Cedar, y ha cantado de plano, diciendo que tú disparaste contra Gladys, para cerrarle la boca. Tengo una declaración firmada por él. Dice que utilizaste un revólver del 39, modelo de 1960, con el que disparaste desde un “Buick” negro, seis plazas y modelo 1966. Lo siento, chico. Estás en un mal lío. Ningún abogado querrá hacerse cargo de ese paquete.

“Bobo” empezó a tironear de las esposas, despreciando el dolor que le producían en la muñeca, al moverse tan bruscamente. Sus mejillas estaban pálidas y sus ojos, inmensamente abiertos y abultados. De sus labios se escapaba un torrente de palabras indecentes y oscuros insultos, dirigidos a “Tory” Cedar. Nico, mirándole, esperó que diese resultado su treta, y Trenton, a una distancia prudencial, no apartaba los ojos de la singular entrevista.

El gigantesco pandillero, estalló, al fin:

—¡Fue ese hijo de perra quien mató a Gladys para que no se fuese del pico! —chilló, babeante por la ira—. ¡Le juro que yo no la maté! ¡El muy guarro dice que fui yo para sacarse el muerto de encima! ¿Por qué no lo comprueban? El utiliza un revólver del 39, y su coche es un “Buick” negro, de seis plazas. ¡Les juro que fue él quien la despachó! ¡Compruébenlo! ¡El muy arrastrado! Si lo tengo entre mis manos alguna vez...

Nico se encogió de hombros, escéptico, percatándose de que Trenton estaba tomando taquigráficamente la totalidad de la entrevista.

—Eso es asunto del fiscal, ¿no crees? “Tory” dice que lo has hecho tú, y vale. Con esa declaración firmada, te traspaso al fiscal, y allá él se las componga contigo. Comprenderás que no es esta hora de molestarse por ti.

“Bobo” Davis se incorporó de la silla y juntó sus manos, suplicante como un niño.

—¡Yo no la maté! ¡Él tenía motivos para hacerlo! ¿Por qué iba a eliminar a una chica como ella?

—¿Y qué motivos tenía “Tory”?

—Por lo visto, ella sabía algo de él y de Agatha...

Nico encajó las mandíbulas, y apretó los puños para contenerse, al escuchar el nombre de su mujer.

—¿Y qué era eso?

—¿Recuerda que le dije que “Tory” le proporcionó trabajo a Agatha? Bueno, pues al poco tiempo, ella dejó de ser cajera del “Pecos”... y nunca le faltó el dinero.

—¿De dónde lo sacaba?

—Comisiones. “Tory” se lo entregaba como participación en los beneficios.

—¿Comisiones? ¿Participaciones? ¿Beneficios? ¡No entiendo un rábano de esto, “Bobo!” ¿Es que quieres volverme loco?

El maltrecho *gangster* había perdido toda su entereza física, para mostrarse tal y como era: un infeliz de mente retrasada, incapaz de reconocer el bien del mal, y que había ido rodando ladera abajo.

—¡Le juro que le digo la verdad! ¡Agatha servía de “gancho”, y llevaba clientes a una timba, de la cual “Tory” era el dueño oficial!

El inspector cambió una breve mirada con su subordinado, y este prosiguió:

—¿Dueño oficial? ¿Quién era el verdadero amo?

—No lo sé.

—Si no quieres colaborar, “Bobo”, ¿cómo pretendes que me crea tus embustes?

—¡Le juro, por mi vida, que no lo supe jamás! Esas cosas nunca me las dicen a mí.

—¿Dónde estaba esa timba?

—En Eastern Drive. La quitaron.

—¿Y Agatha, qué hacía?

—Ya le digo: llevar clientes. Era bonita, y la gente iba allí.

—¿Y después?

—Nada más. En cuanto ella metía allí al “primo”, lo demás corría de cuenta de la casa. Se le dejaba ganar al principio para que hiciese boca, y trajese a nuevos amigos. A los pocos días, apostaba de firme y...

—Comprendo. ¿Y Agatha sabía a qué se prestaba?

Llamaron a la puerta, y Nico dejó momentáneamente a “Bobo” Davis para ver de quién se trataba. Al asomarse, vio a los dos agentes que habían ido a buscar a Black Morrison y que tenían a este, bien sujeto, con expresión de triunfo en sus semblantes.

—¿Qué hacemos con él?

—Llévenlo a una celda, y no le pierdan de vista. Ahora acudiremos.

Cerró la puerta y se plantó ante el ex boxeador, pero este había vuelto a su mutismo anterior, quizá amedrentado por haber hablado demasiado.

—Prosigue, “Bobo”, aún no has acabado.

—Eso es todo.

Nico se puso los puños en las caderas.

—Eso no favorece tu situación, pequeño. Todavía no has justificado por qué “Tory” quería eliminar a Gladys.

—¡Diablos! Lo he dicho bien claro. ¡“Tory” temía que Gladys le contase todo eso a usted, porque, en aquella timba mató a un hombre e hizo desaparecer el cadáver en el Hudson! A los pocos días, apareció el cuerpo, pero nadie supo relacionarlo con “Tory”. ¿Lo entiende ahora? Gladys lo sabía y Agatha también, puesto que estuvieron presentes, aunque de ellas no fue la culpa. Cuando “Tory” se enteró que usted conocía a Gladys... comprendió que debía despacharla, si quería conservar el cuello.

—¿Cómo sabes esto?

—Me lo contó al día siguiente, cuando le dije si había sido él quien la había matado...

Nico respiró con fuerza, en un gesto que tenía mucho de triunfal.

—Quizá tengas razón, “Bobo”. Vamos a comprobarlo...

Llamó a unos agentes, y estos se llevaron al *gangster*, que no opuso ninguna resistencia. Cuando hubieron salido, Trenton arrancó las hojas taquimecanografiadas del cuaderno, y las guardó en una caja fuerte.

—He visto pocas veces desplegar tanta habilidad en un interrogatorio, Nico. Te felicito. Aunque no apruebo tus violencias.

—Eran necesarias.

El muchacho, con el rostro endurecido, se sirvió una taza de café, que bebió de un sorbo sin azucararlo. El inspector, adivinando la tormenta que a intervalos rugía en el corazón de su joven agente, le palmeó el hombro.

—Agatha supo rectificar de vida, Nico. No lo olvides.

El muchacho asintió.

—Pero la obligaron a volver. Y me gustará saber quién tuvo la culpa de que nuestra felicidad se truncase.

—Lo averiguaremos, muchacho, estoy seguro.

—Eso espero. Porque cuando conozcamos el nombre, sabremos quién fue su asesino.

Trenton encendió un cigarrillo y arrojó varias bocanadas de humo mientras Nico continuaba mirando con fijeza hacia la pared, desnuda de adornos. Al fin, se movió y dijo:

—Inspector, tenemos otro “amiguito” a buen recaudo. ¿Viene para interrogarlo?

—Estoy contigo hasta el final. Es Charles Bixby, ¿no?

—Digamos que sí, aunque ese hombre no existe. Para nosotros, para el fiscal, para el juez y para la ley vamos a entrevistarnos con Black Morrison, que fue el que cobró los setenta y cinco mil dólares de un seguro de vida que alguien hizo a mi mujer...

Recorrieron el pasillo y descendieron a los sótanos. Allí, les fueron franqueando sucesivas puertas de hierro, y, al fin, un guardián les abrió la última de las puertas, que conducía a una celda, de angostas proporciones, cuya pared frontal estaba ocupada por un catre. Sentado en él, se hallaba Black Morrison.

Tenía el rostro pálido y un frío sudor se le escurría por la frente hasta humedecer las negras cejas. Bajo ellas, con pupilas muy dilatadas, los ojos miraban con una fijeza inquietante. Aparecían sin expresión, y en la casi absoluta inmovilidad había algo de patético. No tendría más de cuarenta años, pero se adivinaba a simple vista que su vida irregular había hecho profunda mella en su organismo. Quizá había sido mal nutrido en la niñez; eso, y su pasión por las drogas, habían hecho de él una especie de muñeco, con los nervios siempre prestos a saltar.

Cuando Nico y su jefe penetraron en la celda, Morrison se incorporó vivamente y tendiendo las manos, suplicó:

—¡Por Dios, denme una inyección! ¡Una sola inyección o me voy a volver loco!

El agente que les había franqueado la entrada empujó al prisionero para que volviera a sentarse en el catre.

—Déjenos solos —pidió Nico.

Cuando se encontraron a solas, el joven buscó con parsimonia el paquete de cigarrillos y se puso uno en los labios. Rascó una cerilla y prendió fuego a la punta del empapelado canutillo. Por un momento, quedó envuelto por una especie de humo grisáceo que cohibió aún más al prisionero.

—¿Morfina? ¡Por su madre, deme una inyección! —volvió a gemir, agitando epilépticamente las manos, desencajadas las facciones.

—Deja a mi madre en paz, y no la ensucies. ¡Siéntate!

Black Morrison obedeció, muy lentamente, fijando sus enormes pupilas en los menores detalles de la estrecha celda.

Trenton, pegada la espalda contra la puerta, presenciaba mudamente la entrevista.

—Antes, vamos a hablar, Morrison, ¿quieres?

El drogado jadeó:

—¿De qué?

—Por ejemplo, de un seguro que has cobrado, por valor de setenta y cinco mil dólares, firmando como Charles Bixby.

—No sé nada de eso —rehuyó la mirada.

—¿No? Bien; pienso dejarte aquí hasta que revientes. Los drogados

sois muy débiles para oponeros a nada. Basta con cortar la ración y...

—¡No puede hacerme eso! ¡Tiene que llevarme a un hospital para que me apliquen tratamiento...! ¡Es lo que hacen siempre que nos atrapan...! —se atropelló, empavorecido ante la perspectiva de que Nico pudiera cumplir su amenaza.

El joven, secamente, con una dureza nacida de las últimas impresiones recibidas, le interrumpió:

—Es cierto. En el hospital serías curado de tu vicio, administrándote dosis cada vez más reducidas. Pero nadie, excepto nosotros, sabe que estás aquí... ¡Y aquí te pudrirás, si no abres el pico! —concluyó, rudamente.

Trenton se aproximó a Nico y le susurró:

—Estoy permitiéndote cosas que, normalmente, sería el primero en impedir. Antes has golpeado a “Bobo” de una manera impropia en un agente del FBI y, ahora estás haciendo coacción, sin la menor ética, a este desgraciado...

—Uno de estos asesinó a mi esposa, inspector. Y, probablemente, la envileció... Ambos son criminales comunes. ¿Merecen, acaso, ser tratados como caballeros? ¡Al diablo con los prejuicios! Este hombre puede aclarárnoslo todo y... hablará. No estoy investigando un caso común... —replicó adustamente Nico. Luego volvióse hacia el detenido—: ¿Lo has pensado bien, Morrison?

Este se humedeció los agrietados Labios.

—¿Qué quiere saber?

Estaba vencido por completo.

—¿Quién hizo ese seguro?

—El jefe, utilizando el nombre de Charles Bixby. El pagó las primas a través mío.

—¿Por qué le hizo un seguro de vida a mi mujer?

—En previsión de que muriese sin haber satisfecho la deuda que tenía contraída con él.

—¿Una deuda? —se extrañó el muchacho—. ¿Qué clase de deuda?

—Veinte mil dólares.

Estaba descubriendo demasiadas cosas relacionadas con su esposa, que ponían cada vez más hielo en su corazón. Pero tenía que seguir adelante, sin importarle los sufrimientos.

—Es mucho dinero para una deuda.

—Pidió muchos anticipos cuando todavía trabajaba como gancho para la “timba” que “Tory” Cedar explotaba en Eastern Drive.

Su esposa, una mujer como Agatha, complicada con unos *gangsters* como aquellos. Sentía náuseas y odio.

Había cosas que empezaba a comprender. Entre ellas, la súbita

huida de Agatha. Al parecer, su pasado se había materializado, de pronto, ante ella. Quiso comprobarlo.

—¿Qué pretendíais de ella últimamente?

Morrison temblaba, a causa del miedo y de sus nervios, desquiciados por falta de droga. Quería terminar cuanto antes, con tal de que le ayudaran a acabar con sus sufrimientos.

—Información.

—¿Acerca de qué?

—De usted. Y del FBI. Ella debía sonsacarle.

—¿Y lo hizo?

—Se negó. No quiso abusar de su confianza. Se le recordó aquella vieja deuda, pero no cedió.

—¿Quién le hacía ese chantaje?

Morrison desvió la mirada.

—Yo.

Con un grito, Nico se lanzó sobre el prisionero, cayendo sus puños como mazas, ciego de furor, machacando, dominado por vez primera en su vida por un instinto cruel, desconocido en él. Trenton dio un grito para contener a su subordinado, y forcejeó con él hasta hacerle soltar el cuerpo del drogado.

—¡Quieto, Nico, no cometas una locura! ¡Vas a matarle! ¡Suéltale!

Los dos hombres, jadeando, se retiraron del catre donde Morrison se frotaba el cuello, buscando aire para sus ahogados pulmones.

—Por eso huyó... —en la voz del muchacho había lágrimas—. No quiso traicionarme y se marchó... —se volvió de nuevo hacia Morrison—. ¿Tanto os interesaban esos informes?

—Sí; además... se le ordenó que le persuadiera a usted de que debía hacer la vista gorda.

—¿Acerca de qué?

—Ciertas investigaciones... —se retorció las manos—. ¡Si continúo hablando me matarán!

—Y si no lo haces, te mataré con mis propias manos —replicó crudamente el muchacho—. ¿Por qué le quitasteis la vida?

—Fue a ver al jefe, y le dijo que la dejase en paz o prestaría declaración contra él, aunque su matrimonio se arruinase. Le amenazó con darle pruebas a usted y... no quedó otro remedio. Además —y sonrió, como si hubiera enloquecido por la falta de droga—, de esa forma el jefe pudo cobrar el seguro, gracias a la complicidad de Cornell Blount, que facilitó un rápido cobro. La muerte de ella representó un buen negocio.

Nico apretó los puños.

—¡Mereces mil veces la muerte, Morrison! —le cogió del pecho y lo

zarandeó—: ¡Ahora, vas a responder, sin vacilaciones ni rodeos...! ¿Quién mató a mi mujer? ¿Quién le dio a ella esos veinte mil dólares? ¿Quién se oculta tras el nombre de Charles Bixby? ¿Quién hay detrás de todo este podrido asunto? ¿Quién es el jefe? ¡Por Dios, Morrison, te desharé con mis manos, si no me lo dices...!

Su grito había resonado en el interior de la celda como una lamentación de irresistible dolor, capaz de producir la locura más sanguinaria.

Lívido, y con los labios húmedos de saliva viscosa, Morrison pronunció un solo nombre:

—Kim Boyero.

Nico empezó a soltarle las solapas y le dejó que se escurriera entre sus dedos hasta caer en el catre. Su mirada se tornó en acero bien templado y, volviéndose a Trenton, anunció:

—¡Voy por él!

Fuera, añadió:

—Lleven a Morrison a la enfermería y que empiecen a tratarle esa morfinomanía. Luego le haremos declarar, y firmará esa acusación. ¡Por fin tengo en mis manos a Kim Boyero!

CAPÍTULO VI

Estaba amaneciendo. Por Brooklyn salía un resplandor gris, que poco a poco se fue tiñendo de rosa y amarillo, como un arco iris que prometiese la paz. La enorme ciudad volvía a despertar, si es que había estado dormida, para emprender otra vez el giro monótono y cansado de las ocupaciones habituales. Millones de personas se ponían en movimiento en millones de hogares, ajenos al drama que se había desarrollado en aquellas horas y, preocupados, tan solo, por algo tan sutil como un botón caído de la camisa o el lustre de los zapatos.

Nico se pasó los dedos entre el cabello y respiró con fuerza, dejando de mirar el aspecto del amanecer a través de la ventana del despacho.

—¿Viene conmigo, inspector?

—Esta aventura la hemos emprendido juntos, ¿no?

Se hallaban cansados. Profundas bolsas colgaban bajo los ojos de Trenton, cuyas facciones demacradas pregonaban claramente cuál era el grado de su agotamiento. Nico, por su parte, había envejecido casi diez años. En su rostro se habían abierto dolorosas arrugas, y las espaldas habían perdido su habitual arrogancia.

Los ojos, además de ser duros y decididos, tenían fatiga y hastío, casi indiferencia hacia todo lo que le rodeaba; indiferencia, incluso, hacia sí mismo...

—Vamos.

Pero sonó el teléfono, y Nico alargó la mano, tomándolo.

—¿Papá?

Era Alma, que llamaba a su padre.

—Un momento, Alma. El inspector se pone ahora mismo.

Fue a tender el auricular a su superior, pero la voz de la muchacha le contuvo:

—¡Ah, es usted, señor Elbert! —exclamó animadamente—. ¿Cómo no han venido a dormir? ¿Qué sucede?

—Hemos tenido trabajo.

—¿Peligroso?

—¡Oh, no! Pero, ¿por qué no duermes a estas horas? Solo son las seis.

—Estaba intranquila.

—¿Por tu padre?

Hubo un momento de pausa y, como sin querer, expresó:

—Por los dos.

Nico notó lo embarazoso de la situación y carraspeó.

—Se va a poner tu padre, Alma.

Pero ella volvió a interrumpir.

—Señor Elbert...

—¿Qué?

—Estoy intranquila. ¿Van a regresar a casa?

—No; estamos al final de nuestro trabajo. Vamos a cazar al culpable.

—No será cosa fácil, supongo.

—No; no lo es, Alma.

Una nueva pausa ocupó la carencia de diálogo. Trenton, mirando con fijeza al agente, no mostraba prisa por comunicar con su hija, sin duda, más interesado por las reacciones que advertía en el rostro del muchacho.

—Señor Elbert...

Ella, sin duda, quería decir algo sumamente difícil.

—¿Qué?

—Cuídese, señor Elbert. No se arriesgue demasiado... Tiene derecho a la vida... Ella ha muerto, es cierto, pero usted merece ser feliz todavía... No cometa una locura que sería irreparable... Piense que... la vida... es... bella... —hablaba en un susurro emocionado, apenas audible, como una confidencia dicha al corazón—. Presiento que usted quería acabar... para siempre. Llámeme cuando todo haya terminado.

—¿Para qué?

Podía notar hasta la respiración agitada y violenta de la muchacha. Cerró los ojos y la imaginó recostada en la cama, envuelta en una amplia y bonita prenda de dormir, con la trenza colgándole por delante. La recordó ingenua, inmensamente frágil, pura, como una flor sin cortar. Los grandes ojos negros parecían mirarle y los labios, huérfanos de besos, imaginaba que estarían temblando por la emoción.

—Se lo diré cuando me llame... o quizá me lo diga usted.

Tendió el auricular a Trenton, quien lo tomó y dirigió a su hija unas cariñosas palabras.

Nico se apartó, conmovido sin saber por qué, a pesar suyo; nervioso por algo que no descifraba.

Abrió la puerta del despacho y empezó a bajar las escaleras. El inspector le alcanzó por el camino y, cuando llegaron a la parte baja, encontraron la patrulla móvil dispuesta para actuar.

Cinco coches equipados con radio, les aguardaban. Montaron en ellos, y Nico dio una orden. Los cinco motores lanzaron un ahogado rugido, y los hombros de la ley salieron a la caza de los sin ley.

Los cinco coches avanzaban a toda velocidad por las calles todavía grises de Nueva York, sin hacer sonar las sirenas policiales, a fin de no pregonar su presencia. Nico y Trenton, en el primer coche, mantenían un pesado silencio, solo respunteado por el ronroneo del motor. El joven aún recordaba, un poco subconscientemente, las palabras de Alma, y el inspector rumiaba preocupados sentimientos acerca de lo que iban a hacer.

De pronto, la radio conectada con la Central transmitió una llamada:

—¡Inspector Trenton! ¡Inspector Trenton!

El veterano policía tomó el micro-teléfono y accionó la palanca de comunicación.

—¡Al habla Trenton! ¿Qué ocurre?

—Algo grave ha sucedido en la enfermería.

—¿Qué es ello?

—El prisionero ha logrado huir...

—¡Diablos! ¿Es que estaban dormidos para permitirlo?

—... por la ventana —añadió—, y perdió el equilibrio, precipitándose en el vacío.

Hasta el motor pareció ahogar su ruido, como afectado por la noticia.

—¿Y...?

—Ha muerto.

Trenton se pasó el dedo índice entre el cuello de la camisa y la piel.

—Procuren que la noticia no se filtre. Para todos los efectos, lo tenemos a buen recaudo. ¿Comprendido?

—Sí, señor.

—Cuelgo.

Trenton dejó lentamente el micro-teléfono en su soporte, y miró a Nico.

—Vamos a jugar al descubierto, inspector, porque Black Morrison no firmó su declaración y de nada vale lo que nos dijo —comentó el muchacho.

Su jefe asintió.

—Dios quiera que tengamos suerte. Nuestra única posibilidad está en que Kim Boyero, pierda la cabeza.

Y la perdió. La perdió mucho antes de que Black Morrison se precipitase desde un sexto piso al patio interior del cuartel general del

FBI. La perdió, exactamente, cuando supo que su ayudante había sido hecho prisionero por los hombres del inspector Trenton.

La perdió completamente cuando decretó:

—Traedme a la chica.

Estaba sudando. Por su blanquecina y blanduzca frente se escurrían unas gotas de sudor helado, y sus ojos, grises y firmes en todo momento, estaban inquietos y recelosos, mirando a su alrededor como si temiera estar acorralado.

“Tory” Cedar murmuró algo cuando escuchó la orden, y escupió el trozo de chicle que había estado mascando hasta aquel instante.

—¿Y qué haremos con ella? No será más que un estorbo.

—Y el pasaporte para largarnos, si las cosas vienen mal. Trae a la chica, y deja el oficio de pensar para mí.

El interpelado hizo un gesto con la cabeza a un adolescente de cabello rubio y ojos azules, que torcía la boca como los duros del cine, y salió de los reservados que ocupaban en el club “Kiowa”, otro de los grandes negocios secretos de Kim Boyero.

Cuando subieron al “Buick” negro, seis plazas, modelo 1966, “Tory” murmuró:

—El jefe tiene miedo.

—Pues yo, no —replicó fanfarronamente el jovenzuelo.

Accionando el volante para salir de la calle posterior, “Tory” cabeceó:

—Ya veo. No tienes seso ni para eso, Early.

No volvieron a hablar hasta que aparcaron ante la casa del inspector Trenton. El cielo estaba cada vez más iluminado, y la gente empezaba a salir de sus casas, si es que tenían el lugar de trabajo alejado de allí. “Tory” miró su reloj y murmuró:

—Las seis y diez. Arriba, Early. No creo que haga falta la pistola, pero...

Cuando el ascensor se detuvo en el piso de los Trenton, el jovenzuelo comentó:

—Da gusto conocer dónde vive la gente.

“Tory” había apretado el dedo contra el pulsador, y no lo levantó hasta que al otro lado sonaron unos pasos tenues.

Ocultando las armas, ambos pistoleros aguardaron a que la puerta fuese abierta.

Lo hizo Alma, que acababa de colgar el auricular, cuando sonó el timbre. Pensó que sería, quizá, el repartidor de la leche y, como su madre estaba durmiendo, decidió hacerse cargo ella misma de las botellas.

Cuando corrió el pestillo, comprendió tarde su error.

—Vente con nosotros, muñeca —ordenó “Tory”, mostrando una automática de negro aspecto.

Los dos pistoleros entraron en el piso, cerrando la puerta a sus espaldas.

Alma, serenamente, admitió el asalto con toda la tranquilidad que se podía tener en aquellos instantes.

—Estoy sin vestir... —se excusó, mostrando el bonito salto de cama con que se cubría.

—No tenemos prisa. Puedes hacerlo. Te acompañaré. Early, cuida de que todo marche bien.

Siempre mostrando el oscuro orificio de la pistola, siguió tras Alma, que penetró en su dormitorio.

—¡No puede quedarse aquí mientras me cambio de ropa!

—¿No? —los ojillos de “Tory” desprendieron un brillo goloso—. ¿Por qué? Te aseguro que no voy a sonrojarme, vea lo que vea.

La muchacha abrió su armario ropero y, oculta por la hoja, se cambió rápidamente de vestido. En unos segundos estuvo dispuesta y, cuando se calzó los zapatos, preguntó:

—¿Adónde me llevan?

Estaba pálida y sus ojos excesivamente dilatados para que su estado de ánimo fuese normal, pero pertenecía a la casta de las mujeres valerosas, y hacía honor a su estirpe.

—Es un simple paseo... —ironizó “Tory”.

Salieron. Early mantenía a raya a la señora Trenton, cuya mirada expresaba todo el horror que la dominaba.

—¿Qué hacemos con la vieja? ¿La mato? —preguntó el adolescente, inyectados los ojos en sangre.

—No seas bestia, Early —reprochó “Tory”—. Solo queremos a esta palomita. ¡Átala y basta!

Early sujetó las muñecas de la esposa del inspector, y la amordazó. Cuando todo estuvo hecho, salieron con rapidez.

—No hace falta decirte que, si levantas la voz te rellenaré de plomo —advirtió “Tory” a la muchacha.

No; no hacía falta. Alma sabía de sobras lo que la esperaba si cometía alguna tontería, y se cuidó muy bien de obedecer cuanto le ordenaban, confiando en que Nico y su padre llegarían a tiempo de salvarla.

★ ★ ★

No estaba Kim Boyero en su domicilio habitual, donde aparentaba ser un respetable ciudadano. Pero sí uno de sus criados, un antiguo

jockey, esquelético y rechupado, que se echó a temblar en cuanto se vio rodeado por los miembros del FBI.

—¡Yo no he hecho nada! —gimoteó—. ¡No sé nada de nada! ¡Jamás intervine en ningún asunto! ¡Lo juro! ¡Lo juro por mi madre que yo no soy culpable de nada...!

Nico le puso una mano en el hombro, pesadamente, y a su contacto el hombrecillo tembló aún más, temiendo, sin duda, el final de su vida.

—¿Dónde está tu amo?

—¡No lo sé! ¡Sale de casa y no me dice nada...! ¡Yo...!

—Bien; te llevaremos con nosotros y...

El *jockey* le atrapó las manos, arrodillándose patéticamente en el suelo, en gesto de absoluta desesperación.

—Acostumbra a estar en el club “Kiowa” cuando se reúne con los muchachos. Pero no sé sí...

Nico hizo un gesto a uno de los agentes, que metió al hombrecillo en uno de los coches y emprendieron la marcha en dirección al club.

No tardaron en llegar a él, y los miembros del FBI penetraron por todas las puertas y ventanas del local, invadiéndolo en unos pocos segundos. Trenton y el joven agente recibieron la noticia de boca de uno de los camareros:

—Kim Boyero y sus hombres han huido hace unos minutos.

Nico miró su reloj, comprobando que eran más de las seis y media.

—¿Adónde fueron?

Nadie lo sabía. Por unos pocos minutos, habías llegado tarde.

Desde la puerta, el chófer del coche que les había llevado hasta allí, gritó:

—¡Inspector! ¡Un mensaje urgente para usted!

Nico siguió a su jefe, adivinando que algo grave acababa de ocurrir. Trenton tomó el micro-teléfono y pidió:

—¡Hable! Al aparato el inspector Trenton.

La voz del locutor de la Central, dijo:

—Su esposa nos acaba de llamar, inspector, diciendo que dos pistoleros han asaltado su casa, llevándose a su hija Alma.

Nico notó que sus mandíbulas se encajaban hasta rechinarle los dientes, y vio cómo Trenton se tambaleaba ante la noticia, quedándose sin color sus mejillas.

—¿Cómo... está... mi esposa?

—Bien, señor. Un coche patrulla ha ido a su domicilio para prestar ayuda, si era necesaria. Pero los pistoleros solo se llevaron a su hija. Estamos tratando de identificarlos con la descripción que de los mismos nos ha hecho su esposa. ¿Alguna orden, inspector?

Trenton, anonadado por la noticia, murmuró:

—No, gracias... Ahora iré yo.

Pero Nico le arrebató el micro-teléfono, ordenando con imperativo tono:

—¡Tome nota de lo siguiente! Comunique a todos los coches patrullas de la policía la orden de captura contra Kim Boyero y su banda. ¡Los necesitamos vivos! Va con ellos, la hija del inspector Trenton, por lo que deben evitarse los tiroteos. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Otra cosa: haga saber a todas las estaciones de radio y televisión la noticia de que la policía y el FBI persiguen de cerca a Kim Boyero y su banda, acusados de varios crímenes y del rapto de la señorita Alma Trenton. Están rodeados, y no podrán escapar. Su captura es cuestión de unas pocas horas. Se conmina a Kim Boyero a que se entregue. ¡Es preciso que esta información se lea en todos los boletines informativos de hoy por la mañana!

—Lo haremos, señor.

—Lo espero. Corto.

Colgando el aparato con furia, terminó, dirigiéndose a su jefe:

—Kim Boyero ha perdido la serenidad, y la perderá aún más cuando oiga esa noticia. A nosotros nos incumbe aprovechar esa ventaja.

★ ★ ★

—Les ofrecemos, seguidamente, un avance de nuestro Boletín de Noticias.

Kim Boyero levantó la mano e impuso silencio dentro del reducido recinto del “Cadillac” verde oliva, que devoraba los kilómetros en dirección a Connecticut.

El locutor, de voz reposada y grave, dijo:

—Acaban de comunicarnos que el FBI y la policía persiguen de cerca a la banda de Kim Boyero, acusada de varios crímenes y del rapto de la señorita Alma Trenton. Según declaraciones oficiales, todas las carreteras están interceptadas, así como las playas y los aeropuertos. Igualmente, en todas las estaciones del ferrocarril y de autobuses se ha establecido una red de agentes, a fin de que los miembros de la citada banda no puedan escapar. Confiamos en que el FBI se apunte con este caso otro resonante triunfo.

Kim Boyero lanzó una exclamación soez, y el locutor continuó:

—A continuación, seguimos ofreciéndoles música suave, a cargo de la orquesta de cuerdas de Melachrino.

—¡Cierra esa radio! —gritó Boyero, sudándole el labio superior.

—La cosa se pone fea —comentó “Tory” Cedar, cerrando el conmutador.

—¡Calla!

Early, en el asiento posterior, continuaba clavando el cañón de su automática en el costado de Alma, por cuyos ojos había cruzado una sombra de esperanza.

Kim Boyero, al volante, fijaba sus ojos en la interminable cinta de la carretera, ya iluminada por el nuevo sol que arrancaba destellos brillantes en las carrocerías de los coches que con ellos se cruzaban.

—No obstante, es preciso pensar algo, jefe —opinó “Tory”.

—¿Qué crees que estoy haciendo? ¿Contar borregos para dormirme? —masculló el jefe de la banda, comprobando por el retrovisor que el coche donde viajaban el resto de sus hombres les seguía a prudencial distancia.

—Tenemos que separarnos —dictaminó.

Arrimó el “Cadillac” a la orilla de la carretera y frenó. El otro coche disminuyó la velocidad hasta situarse a la altura del que conducía el jefe.

—Marchad delante, y no os preocupéis de nosotros. Nos reuniremos en Stamford, donde tengo una motora que nos llevará a todos.

Los que iban en el segundo coche asintieron, y no tardaron en alejarse, a toda velocidad. Kim Boyero se pasó la mano por la boca y continuó su marcha con más lentitud. Cuando entraron en Rye, introdujo el coche por diversas calles hasta que el largo morro del “Cadillac” enfiló un garaje, en el que se internó.

—¿Qué es esto, jefe? —preguntó “Tory” Cedar.

—Hemos llegado al final de nuestro viaje... por el momento. Bajad de ahí y no metáis ruido.

Se encontraban en un garaje estrecho y con escasa iluminación, al que habían entrado pasando por uno mayor, bastante frecuentado. En cuanto hubieron descendido, un individuo de aspecto cuadrado y labios gruesos, de cuyo labio pendía una colilla de puro, saludó, entrando:

—¿Qué se os ha perdido por aquí? La policía os busca.

—Por eso, precisamente, hemos venido.

—No me gustan esta clase de líos, Boyero —adujo el propietario del garaje.

—¿No, eh? ¿Y desde cuándo te permites decir que algo mío no te gusta? ¿Es que quieres tener dificultades, Maury?

El aludido mordisqueó el cigarro puro y manoteó el aire.

—Bueno, bueno, no nos enfademos. Estaba nervioso, eso es todo.

¿Necesitáis algo?

—Un teléfono.

—Pasa por aquí. Y di a tus hombres que no se muevan de ahí. No conviene que les vean.

Kim Boyero se volvió a los suyos, advirtiéndolo:

—Ya habéis oído.

Unos minutos después, hacía girar el disco telefónico.

★ ★ ★

Reconoció la voz en cuanto oyó decir:

—¡Por fin ha conseguido hacerme saltar, Nico!

—¿Sí?

Había burla en la voz del joven agente, que garrapateó una orden sobre el secante del escritorio:

«Localice esta llamada»

Trenton se apresuró a seguir aquella indicación, mientras Nico daba cuerda al jefe de la banda.

—¡Pero aún no me ha cogido... ni me cogerá! —aseguró Kim Boyero.

—Está muy seguro...

—Tengo en mi poder a Alma Trenton.

—Lo sé... y esperaba su llamada.

Hubo un momento de inquietud en la voz del indeseable.

—¿Por qué?

—Es usted un hombre inteligente, y hace las cosas con talento. Tener en su poder a Alma Trenton vale mucho... para mí.

—Celebro que lo crea así.

Nico simuló amabilidad.

—Lo he creído desde el primer momento. ¿Se encuentra Alma bien?

—Perfectamente. Parece sentir mucho interés por ella...

—Así es.

La carcajada de Boyero tenía algo de obscena.

—¡Ha olvidado pronto a la otra! Es usted muy enamorado.

Nico tuvo que agarrarse al tablero de la mesa para contenerse, y delante de sus ojos cruzó una nube rojiza.

—Le propongo un negocio —añadió el jefe de la banda.

—Le escucho.

—Mi libertad, fíjese que le dije solo mi libertad, a cambio de la chica.

—Tendrá que salir del país; aquí no puede quedarse.

—No tengo ningún interés en vivir aquí. La tierra es grande y hasta redonda. ¿Le hace?

—De acuerdo. La chica sana y salva, y a cambie usted desaparece.

—Veo que no es usted tan fiero como creía, Nico. ¿O es que la chica le ha sorbido el seso?

—Algo así. ¿Dónde me la entrega?

Boyero rio brevemente.

—No voy a ser tan incauto como para decirle dónde estoy. Tendrá que fiarse de mí, Nico. La verdad es que la chica no me interesa nada, por lo que se la dejaré, cuando haya embarcado. Trataré de hacerlo esta noche, siempre y cuando usted colabore. En algún punto de la costa tengo una lancha que me llevará lejos. Necesito que dé órdenes para que la vigilancia desaparezca por completo en el norte. Si lo hace, dentro de unas horas, Alma estará en sus brazos. Si no... por muy rápidos que sean los G-men, mucho más lo es una bala. ¡Y la primera que salga de mi pistola será para Alma! ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Boyero. Cumpla su parte. Yo llevaré a cabo la mía.

Cuando colgó, Trenton tenía la información precisa:

—Kim Boyero llamó desde el teléfono público de un garaje en Rye. Esta es la dirección exacta.

El muchacho tomó el papel, guardandoselo en el bolsillo del pantalón, comprobando seguidamente la carga de su automática.

—Ya está en la ratonera. Cuando un criminal se cree más listo es cuando comete las estupideces... para bien de la Humanidad. Sería terrible enfrentarnos con crímenes perfectos...

El “Ford” de Nico avanzó lento por la rampa que conducía al taller de reparaciones, y frenó junto a uno de los bancos de herramientas. Sus ojos, acostumbrados a verlo todo en unos segundos, miraron a su alrededor, intentando deducir algo útil para su investigación.

Un mecánico se acercó, solícito.

—¿Le ocurre algo?

—El motor carraspea a intervalos. ¿Por qué no le echa un vistazo? Voy a hacer un viaje largo, y no quisiera tener interrupciones.

—Descuide. Lo revisaré bien.

El agente salió al exterior y fingió estirar las piernas mientras el empleado de mono azul levantaba el capot.

Era un garaje amplio y bien atendido. Los postes de gasolina, gasoil y aire, de la entrada, tenían trabajo constante con los vehículos que

se detenían a repostar. Dentro, multitud de coches aguardaban a sus amos e incluso había otros garajes individuales, con puertas corredizas que aislaban por completo el vehículo que en ellos se introdujese.

Al dar la vuelta, curioseando, vio la cabina telefónica, y a ella se dirigió. Estaba situada cerca de una puerta oscura que conducía, sin duda, a dependencias particulares. Alguien salió por aquella puerta y quedó clavado en el suelo, al reconocerle.

Nico también le identificó y sonrió ante el gesto de temor de un antiguo delincuente, pasado, al parecer, a la vida honrada.

—¿Qué es de tu vida, Maury?

El dueño del garaje movió un hombro.

—Vivo feliz. El negocio marcha, y me alegro de que hayan pasado los malos tiempos.

—¿Eres bueno, Maury?

—La pregunta me ofende, agente. ¿Qué hace usted por aquí?

—De servicio.

—¿A quién busca?

—A alguien... del que si tú supieses su paradero, te aconsejaría me lo dijese. Acabas de afirmar que esto te va bien, ¿por qué estropearlo y volver a la cárcel?

Maury no pudo contener un estremecimiento, recordando que, en uno de los garajes particulares, aguardaban Boyero, sus hombres y la chica, a que se hiciese de noche para salir.

—Me habla en clave, agente. No sé de qué va.

Nico revoloteó su mano en el aire.

—Es lo que se dice siempre cuando se quiere ocultar algo. Es una oportunidad que te doy, Maury. ¿Dónde están?

—No sé de quién habla.

—De Kim Boyero y los suyos.

La afirmación semejó a un soplo de viento helado que recorriese la columna vertebral del antiguo fuera de la ley. No pudo sujetar sus nervios y miró hacia la hilera de garajes particulares. El joven agente la captó, pero fingió ignorancia, aunque supo que Kim Boyero y sus hombres se ocultaban en el primer garaje.

—No los he visto desde que salí de “allí”.

—Celebraré que así sea, Maury. Para demostrarme tu buena voluntad, no dejes de avisarme si supieses algo.

—Así lo haré, agente.

Nico aleteó los dedos en el aire y fue a la cabina; que cerró tras sí. Marcó con rapidez unos números, sin que los vieses desde el exterior, y vigilando disimuladamente los garajes individuales.

—¿Inspector? —dijo—. Están aquí. Rodeen el garaje con

precaución, sin despliegue de fuerzas. No intervengan hasta que avise u oigan tiros, ¿comprendido?

—¿Y Alma? —inquirió anhelosamente su jefe.

—Por ahora, bien. Todo depende de que sus movimientos no sean notados.

Colgó y salió, aparentando la más absoluta indiferencia. El mecánico continuaba inclinado sobre el motor, buscando una avería inexistente. En su paseo curioso, se acercó al primer garaje individual y cuando estuvo cerca de él se detuvo y sacó el paquete de cigarrillos, encendiendo uno con absoluto desprecio del peligro.

El mecánico se le acercó.

—Creo que se lo he repasado bien, señor.

Nico sonrió.

—Perfectamente. Tengo mucha prisa —dijo en voz suficientemente alta como para ser escuchado desde el interior del cerrado departamento.

Abonó el importe y subió al “Ford”, iniciando con él una maniobra para salir.

Pero pareció calcular mal el giro del volante y, como una exhalación, se precipitó contra la puerta del garaje individual, donde se ocultaban los forajidos.

En el último instante, frenó lo suficiente como para no producir una catástrofe, pero aun así, la puerta saltó en astillas a consecuencia del impacto, y más de medio coche se introdujo en el interior.

Se inclinó bajo el tablero de instrumentos, a tiempo de evitar una andanada de plomo y, cuando abrió la portezuela, tenía en la mano su imponente automática.

¡Bang!

Su bala voló certera al cuello de Early, que empezaba a levantar su arma contra Alma. Un borbotón de sangre inundó la camisa, y la muchacha corrió, despavorida.

Kim Boyero lanzó una palabrota y disparó contra la muchacha. Nico, al advertirlo, saltó como un loco desde la protección de su coche al exterior para enfrentarse a pecho descubierto con los *gangsters*. El gatillo de su automática fue pulsado convulsivamente por su índice, y un torrente de balas se escapó del cañón. Kim Boyero y “Tory” Cedar, empezaron a doblarse como espantajos, materialmente acribillados por las balas justicieras del muchacho, cuya mirada poseía el fuego de la más firme decisión.

Pero también vio que Alma se detenía en su huida como si algo poderosísimo la retuviese. La muchacha dejó escapar un gemido y, con el rostro muy pálido y la espalda bañada en sangre, se desplomó

pesadamente, al tiempo que irrumpían en el garaje los hombres del FBI.

FINAL

El agente especial Nico Elbert se dio cuenta de que había llegado el mediodía, y cerró los cajones de su escritorio, dispuesto a salir para almorzar.

Era un día extraordinariamente hermoso, en el que no se podía pensar más que en cosas bellas. El cielo muy azul de la primavera neoyorquina invitaba al diálogo amoroso con una mujer, la fresca brisa del Atlántico elevaba las ideas y hasta los pájaros cantaban con mayor alegría.

Cerró la puerta y, con la cabeza baja, se dirigió a la escalera. Otra vez había vuelto a su vida rutinaria de expedientes y asuntos sin interés. Trabajo pericial, informes, rutina... A él no le gustaba semejante inmovilidad. Prefería la acción, aunque significase arriesgar la vida.

Movió la cabeza, notándose triste. Hacía más de un mes que el caso Kim Boyero había finalizado definitivamente. Con él había muerto el sucio magnate de los barrios bajos, el dueño de tantos antros como la timba a la que Agatha había llevado clientes para ser desplumados. Cornell Blount y el resto de la banda, atrapada por las patrullas móviles, purgaban largas condenas en Sing-Sing. Los nombres de Kim Boyero y "Tory" Cedar no eran más que simples inscripciones en un rincón del cementerio, como también lo eran Gladys Green y Agatha. Y el gimnasio Allen y el club "Kiowa" habían sido cerrados por ser parte de los múltiples negocios de Kim Boyero.

Nico se estremeció. Su apartamento estaba cada día más desahogado y vacío. Había tantas cosas que le recordaban lo ocurrido, que temía la hora en que debía ir a él para dormir. Se encontraba tan espantosamente solo, necesitando tanto de una compañía, que a cada día que pasaba se sentía más hundido en su melancolía.

Llegó a la planta baja y tropezó con un recio corpachón.

—¿Qué es de tu vida, Nico?

Era Trenton, que le palmeaba el hombro.

—Siguiendo la rutina, inspector. Le veo contento.

—¡Y tengo motivos! Alma salió ayer del hospital y cada día la encuentro más bonita. ¡Pasa algún día por casa, Nico, mi mujer se alegrará!

El veterano inspector se internó en el edificio, y el joven quedó parado en lo alto de las escaleras, dejándose bañar por el sol.

Alma. La señora Trenton se alegraría de verle. Tenía que llamar a la hija del inspector, según le había prometido...

Tuvo una idea súbita. Alma se encontraba bien y seguramente podría tomar el teléfono.

Su rostro se alegró, y notó que el corazón galopaba alegre, como ante la perspectiva de la primera cita con una chica en los tiempos de estudiante.

Miró al cielo. Unas golondrinas, se perseguían en la claridad del mediodía. Por la acera, una pareja de enamorados iban muy juntos, contándose esas cosas que siempre hacen reír. Sí. Llamaría a Alma. La llamaría. Necesitaba hacerlo porque, en aquel preciso instante, se dio cuenta de que era para él algo muy querido el recuerdo de los bellos ojos negros que sabían calmarle con su suavidad.

Giró en redondo, entró en el cuartel general del FBI e hizo uso de la primera cabina que encontró a mano. Cuando levantó el auricular y empezó a marcar los números, le temblaban los dedos...

FIN

¡TUTEENSE CON EL EXITO!

CON NUESTROS CURSOS POR CORREO

GIMNASIA (CURSO MASCULINO)

Es el más científico y racional. Con sus ejercicios de cultura física y levantamiento de pesas, adaptados a cada caso, se obtienen rápidamente anchas espaldas, estrecha cintura, gran desarrollo torácico y... MUCHA SALUD. A la vez, con este curso, el Instituto facilita gratis al alumno los siguientes aparatos:

Puños • Poleas • Pedales • Tensor • Mancuernas y Barra de pesas intercambiables.



UNA MEMORIA DE HIERRO

con el revolucionario método RETENT, que le robustecerá el cerebro y le dará una portentosa memoria electrónica. Con este método podrá aprender cualquier cosa y adquirirá facilidad de palabra, rapidez de pensamiento y, sobre todo, seguridad en sí mismo y en su futuro. Indispensable para profesionales, estudiantes, comerciantes, empleados, operarios y, en general, todos aquellos que desean triunfar en la vida.



CULTURA FISICA Y PERFECCIONAMIENTO ESTETICO PARA LA MUJER

Con el curso ESFETIC-FORM podemos hacer de Ud. otra mujer: Esbelta. Elegante. Sugestiva. Busto firme. Cintura y caderas equilibradas.

JUDO Y DEFENSA PERSONAL

Con el curso E-TAK, masculino y femenino, adquirirá rápidamente plena seguridad en sí mismo, dominio de la auto-defensa, equilibrio y rapidez de reflejos.

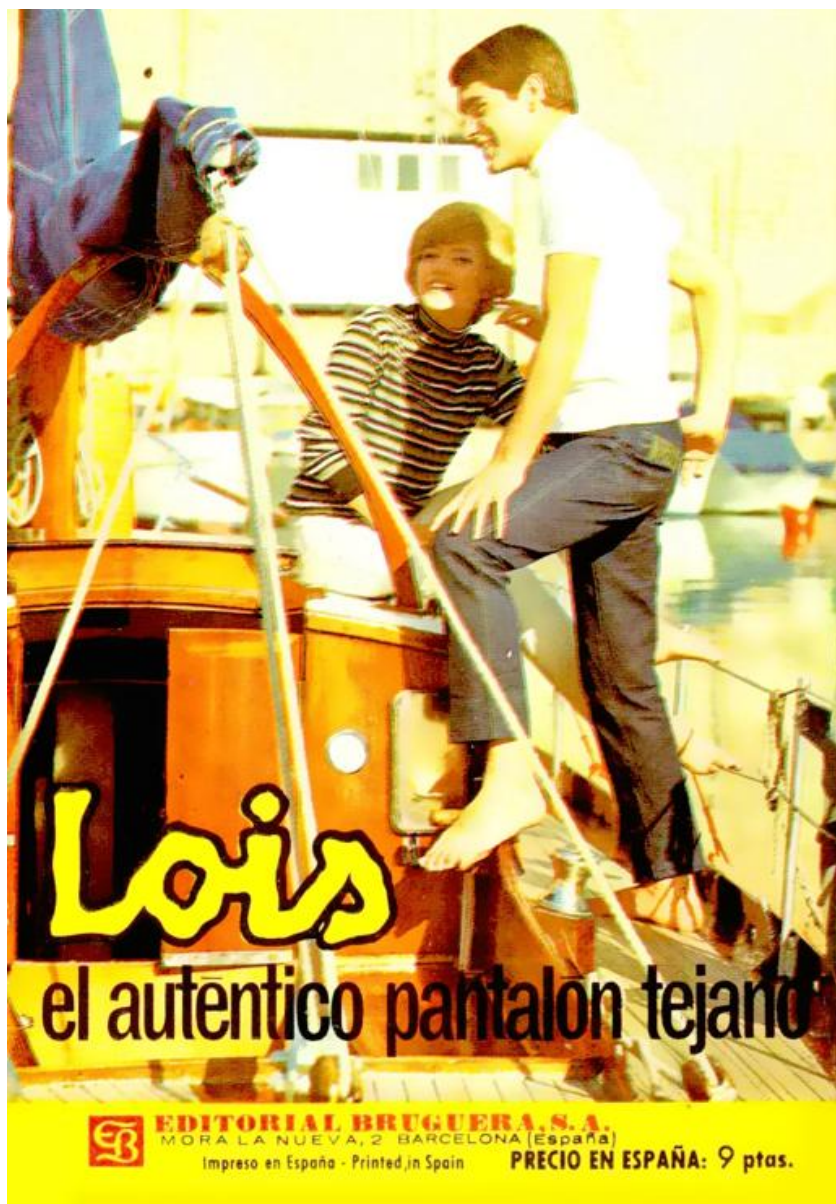
Dirección Médica a cargo del Dr. D. Antonio Canill colegiado nº 2.036.

Centro autorizado por el Ministerio de Educación y Ciencia.

SOLICITA AMPLIA INFORMACION GRATIS Y SIN COMPROMISO

☐ Solicito con una cruz el curso que sé le interesa. ☐ VITAL-POST ☐ RETENT ☐ ESFETIC-FORM ☐ E-TAK	Se _____
	Dirección _____ Edad _____
	Profesión _____ Población _____
	PASEO DE GRACIA, 46 - APARTADO DE CORREOS 1161 - BARCELONA 7

Los Cursos de este Centro son los más populares y económicos de España.



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

Notas

[←1]

El *attorney general* es el ministro de Justicia y fiscal del Tribunal Supremo. Máxima autoridad del F.B.I., recibe los informes del Departamento para decidir, asistido por sus ayudantes, si los inculpados deben ser llevados a juicio.